

FBI

PARIS

LOU
CARRIGAN

UNAS
CUANTAS
LAGRIMAS

UN
"PLAY-BOY"
PRÊT À
TOUT,
PARCE
QU'IL SAVAIT
QU'IL N'AVAIT PLUS
RIEN
À PERDRE



LOU CARRIGAN

Unas cuantas lágrimas

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

CAPÍTULO I

AL escenario del «Moulín Rouge» de París había salido una anciana horripilante, que dejó muy impresionados a los espectadores. Era jorobada, coja, tuerta y tenía la cara llena de verrugas; vestía de negro y por debajo del pañuelo que cubría su cabeza escapaban unas greñas blancas, de auténtica bruja. La impresión, ciertamente, resultaba tan fuerte que, por unos segundos, los espectadores quedaron en suspenso.

En cuanto al decorado, no podía ser más tenebroso; figuraba la cocina de una choza llena de pajarracos disecados: cuervos, lechuzas, buitres... En el hogar ardía un fuego, sobre el agua se veía una gran olla humeante, hacia la cual se dirigía la horrenda anciana. Mientras tanto, por un altavoz, una voz suave, femenina dulcísima, explicaba el argumento:

—Damas y caballeros, la bruja Antinea, que durante noventa años ha sido la más horrible criatura de mundo, se siente hoy feliz. Muy feliz. Ha descubierto un nuevo filtro. Un bebedizo extraordinario que se dispone a probar hoy. Una vez lo haya probado, toda la angustia de su horrible vida puede solucionarse, o bien... morirá. Vamos a esperar los resultados.

La bruja Antinea, mientras tanto, con una gran cuchara de madera, había revuelto el contenido de la olla. Luego, se acercó al borde del escenario, y alzó sus manos, adornadas con unas espantosas y larguísimas uñas amarillentas. Cuando abrió la boca para hablar, se vio en ella el hueco de varios dientes...

—Ji, ji, ji... —rió Antinea—. Tengo ya preparado, terminado completamente mi bebedizo... La Magia Negra está de mi parte. Hasta hoy, los hombres me han mirado con asco y miedo. Pero con mi bebedizo conseguiré que todos se vuelvan locos de amor por mí.

Voy a beberlo... ¡Todos los hombres locos por mí! ¡Todos los hombres me querrán a mí a partir del momento en que beba mi poción! Pero... no quiero perder más tiempo... ¡Voy a beberla, al fin!

Se acercó a la olla humeante y con la cuchara de madera, sacó la pequeña cantidad del líquido que contenía. Lo echó en una vasija de barro. Luego lo dejó sobre la sucia mesa y alzó los brazos, bruscamente.

—¡Brujos y brujas del universo! —chilló ásperamente—. ¡Voy a beber la poción que me disteis a conocer en mi último sueño! ¡Por los magos, por las brujas, por la sangre de un inocente, por las cabezas de mil sapos, por los ojos de mil serpientes, por las garras de mil panteras...! Si consigo lo que quiero, sacrificaré a todos los hombres que me aman, pues serán los mismos que hasta ahora me han estado despreciando...

Alzó de pronto la vasija, y bebió el contenido. Dejó la vasija de nuevo en la mesa y durante tres segundos, nada sucedió. De pronto, Antinea lanzó un alarido, crispándose. Brilló el azulado destello de un relámpago, se oyó un trueno, estalló otro relámpago, ahora de tono rojo, se oyeron más truenos... mientras Antinea chillaba horriblemente y se retorció, tambaleándose, llevándose las manos a la garganta. La luz del escenario se había atenuado tanto, que sólo se veía a Antinea debido al resplandor del fuego de su chimenea, como una sombra que iba de un lado a otro, gritando, retorciéndose...

Así fue durante siete u ocho segundos. De pronto, toda luz desapareció, el escenario quedó completamente a oscuras. Durante tres segundos el interior del «Moulin Rouge» quedó iluminado tan sólo con las suaves luces de las lamparitas de las mesas que ocupaban los clientes.

Y, de pronto, el escenario volvió a iluminarse, intensamente, con varios focos a la vez. Hubo un par de segundos de estupor... Luego, una salva de aplausos atronó la sala: la bruja Antinea, gracias a su poción mágica, se había convertido en la más bella joven que pudiera imaginarse. Ahora era alta, esbelta, erguida, joven, sin una sola verruga; su rostro era dulce y bellísimo, con grandes ojos oscuros, boca grande, de labios llenos, sonriente; su cuello era una maravilla de perfección y esbeltez. Y ya no llevaba aquellos

asquerosos harapos negros, sino un vestido de noche de color rosa, elegantísimo. Había que rendirse ante su belleza y admitir que el disfraz que había estado utilizando era formidable, magníficamente logrado.

Cuando terminaron los aplausos, volvió a oírse aquella suave voz femenina por los altavoces:

—Antinea ha conseguido su propósito de ser bella como ninguna mujer del mundo. Pero aún no está contenta, porque no sabe si su filtro será suficiente para rendir a sus pies a todos los hombres del mundo. Por eso, necesita a un caballero, para hacer la prueba. ¿Algún caballero de los presentes desea luchar contra el poder de seducción de Antinea?

De una de las más cercanas mesas a la pista se alzó uno de los caballeros que la compartía con varios más y algunas damas muy jóvenes y hermosas.

—¡Que me seduzca a mí! —gritó.

Y se dirigió hacia la subida al escenario, mientras un amable coro de risas estallaba en el local. ¿Cómo no? ¿Quién mejor que él para demostrar de una vez por todas el poder de seducción de Antinea? Era rubio, muy largos sus cabellos; tenía los hombros anchísimos, las manos grandes y fuertes, la apostura de un dios griego... Vestía impecablemente de *smoking*, con una elegancia natural, un tanto negligente.

En realidad, parecía un poco aburrido, y estaba claro que no parecía confiar mucho en las dotes de seducción de Antinea. Si la bruja lo seducía a él, no cabía duda de que sería capaz de seducir a todos los hombres. Por supuesto, todos le habían reconocido. Sus aventuras de toda clase, siempre en el campo del amor y el *dolce far niente*, le habían llevado a las portadas de todas las revistas internacionales; era Milton Hamilton, el *playboy* más famoso y divertido del mundo entero, el multimillonario americano que se pasaba la vida divirtiéndose.

—¡Adelante, Milton! —le gritó un compañero de mesa.

—¡No dejes que una bruja te hechice! —rió el otro.

—¡No me seas infiel con una bruja, Milton! —rió una de las muchachas.

El espontáneo colaborador de Antinea llegó por fin al escenario y se colocó ante la bruja, sonriendo. Era tan alto, que Antinea

apenas le llegaba por la barbilla. Su estatura no podía calcularse en menos de uno ochenta y seis.

Cuando se detuvo delante de Antinea, crispó sus manos y las acercó a ella, lanzando un grito para asustarla.

—¡Uuuuuuuuhhhh...!

El público volvió a reír y hubo quien aplaudió. Enseguida se oyó de nuevo la melodiosa voz:

—La prueba del poder de Antinea consiste en lo siguiente: ella irá bailando alrededor del caballero, quien deberá permanecer completamente inmóvil, durante un minuto. Si antes de que transcurra el minuto, el caballero ha intentado un acercamiento a Antinea, ella habrá triunfado. Pero si el caballero consigue dominar su amor, ella volverá a ser una bruja horrible. En cuyo caso, el caballero y sus amigos tienen la velada gratis en «Moulin Rouge».

Hubo otra salva de aplausos. De pronto, comenzó a sonar una música lenta, dulce, suavísima... El silencio volvió a ser completo y Antinea comenzó a bailar cadenciosamente, mientras en el fondo del escenario aparecía desde arriba, un gran reloj de cartón, con manecillas de madera, que comenzaron a marcar los segundos.

Mientras tanto, Antinea comenzaba a hablar apresuradamente, en voz baja:

—Tengo sólo un minuto para decírselo todo, señor Hamilton, pero no podrá ser. No podemos hablar.

—¿Porqué? —musitó Milton.

—Ha surgido un contratiempo: hace unos minutos, llegó a la sala un hombre que me conoce. Se llama Abu Ornan y tuvimos un pequeño combate él y yo hace año y medio en Tel Aviv. Es el hombre moreno de ojos brillantes que se ha sentado en la mesa dieciséis, junto al hombre de más edad, que es precisamente el personaje que a usted le interesa. Se llama Philippe Moutignon y está con sus hijas.

Antinea acabó de dar la vuelta en torno al multimillonario americano, de modo que se calló, para que nadie del público pudiera ver que estaba moviendo los labios.

—Abu Ornan me está mirando muy fijamente —prosiguió Antinea al dar la siguiente vuelta en torno a Milton—. Me ha reconocido. Es mejor que no hablemos más. Lo siento. Deberá buscar el contacto conmigo de modo más discreto... Abu Ornan ha

hecho una seña a dos hombres que hay en otra mesa y ellos me están mirando. Temo que estoy en peligro.

Acabó de dar la vuelta, sin dejar de bailar al cadencioso ritmo de la suave música. La maravillosa belleza de su cuerpo era tal que el ánimo de todos los presentes estaba en suspenso; era muy poco probable que alguien percatase de que ambos estaban conversando.

Antinea aceleró el ritmo de sus provocativos movimientos, mientras Milton Hamilton permanecía inmóvil como una estatua, con las manos colgando flojamente.

—El mensaje es muy importante —jadeó Antinea—. Si algo me ocurre, no deje de buscar otro contacto.

—Lo tendré en cuenta —musitó Milton—. Cuando termines de trabajar, unos movimientos tan provocativos, que se oyeron algunos suspiros entre el público. Mimí, como si no supieras nada de nada. Y ya no hables más o se darán cuenta de que estás haciendo contacto con el estúpido millonario yanqui.

Mientras tanto, la danza había llegado a su punto culminante, con un furioso redoblar de tambores. Delante de Hamilton, la bruja Antinea ejecutaba unos movimientos tan provocativos, que se oyeron algunos suspiros entre el público. Verdaderamente, hacían falta nervios de acero para resistir aquello sin mover las manos hacia la bellísima bruja. Y habían transcurrido ya cincuenta segundos, durante los cuales Antinea parecía ir a saltar en mórbidos pedazos delante de Milton.

La música mantenía tensos a los clientes del «Moulin Rouge», cuyos ojos no se apartaban de Antinea. Era un espectáculo bellissimo, bien argumentado: la bruja que ha bebido una de sus pócimas de belleza y quiere seducir a todos los hombres del mundo en la persona de uno solo: posiblemente el más apuesto...

Cincuenta y cinco segundos. Cincuenta y seis. Cincuenta y siete... Justo cuando sólo faltaban dos segundos para cumplirse el minuto y parecía que Antinea tendría que volver a ser una bruja horrible, el *playboy* norteamericano lanzó un grito, y tendió sus manos; la abrazó por la cintura, la acercó a él y la besó furiosamente en un hombro.

Se cumplió el minuto, la música dejó de sonar bruscamente, y en la sala resonó un suspiro de desencanto y admiración a la vez, mientras Milton Hamilton parecía haber perdido el control. Desde

un punto de la sala llegó el fogonazo de un *flash*: al día siguiente, el *playboy* norteamericano volvería a ser divertida noticia en algunas revistas.

Riendo, Antinea apartó a Milton, y se volvió para señalar el gran reloj de cartón, que estaba marcando los sesenta segundos hacía ya varios. Hamilton quedó de pie, como aturdido y de nuevo se oyó en la sala aquella dulce voz femenina:

—¡Cuánto lo sentimos...! El caballero ha perdido... No ha podido dominar su amor, su pasión volcánica por la bella bruja Antinea. Ella, ahora, es la más bella mujer del mundo y seguirá seduciendo a todos los hombres durante siglos y siglos. Sin embargo, el caballero ha resistido tan bien que «Moulin Rouge» va a obsequiarle con una botella de champaña. Damas y caballeros, ésta ha sido la actuación de nuestra primera *vedette*, la sensacional Mimí Lacroix, en su papel de la bruja Antinea.

Estalló una ensordecedora salva de aplausos, que aún sonaron más fuertemente cuando Mimí Lacroix, tomó una mano de Milton y tras hacerle saludar con ella, lo abrazó y le besó en la boca.

La luz del escenario se apagó de nuevo y Antinea desapareció. Hubo algunos aplausos de simpatía hacia el *playboy*, que tras encoger los hombros, bajó del escenario, señalando con aire de triunfo al camarero que ya llevaba una botella de champaña hacia su mesa. Hubo algunas risas y cuando Milton se sentó a su mesa sus amigos comenzaron a palmearle la espalda y a gastarle bromas... mientras él, sonriendo como un tonto, miraba hacia la mesa dieciséis.

Había tres hombres y tres mujeres en ella. Una de las mujeres debía tener unos treinta años, era llamativa, hermosa, con un claro aire de mujer sensual y ardiente. Las otras dos eran más jóvenes, e idénticas entre sí. Debían tener unos veinte años. Naturalmente, eran hermanas gemelas; las hijas del hombre llamado Philippe Moutignon. Muy bonitas, dulces, sonrientes... Eran como dos deliciosas muñequitas, espléndidas con sus vestidos de noche también idénticos. Un hermoso duplicado. Su padre, naturalmente, tenía que ser el hombre mayor, el que parecía tener algo más de cincuenta años. Grueso, de ojos grandes y vivos, frente despejada, abundante cabellera entrecana. Un hombre interesante, aún muy atractivo, de aspecto poderoso, seguro de sí mismo... Un triunfador.

Aqué! era Philippe Moutignon, la presa de Milton Hamilton. Aunque aún no sabía qué tenía que hacer con él. ¿Matarle, quizá? Demasiado fácil.

El segundo hombre, que estaba al otro lado de la hermosa mujer sensual, debía tener unos cuarenta años y se adivinaba que era alto, fuerte, atlético. Muy atractivo, viril, interesantísimo con las pocas canas que adornaban sus sienes. Su mirada, amable y reposada, revelaba una inteligencia más que notable, incluso superior a la de Philippe Moutignon.

Y por último, el hombre moreno, el llamado Abu Ornan, el que había asustado a Mimí Lacroix, hasta el punto de no querer hablar más para no correr el riesgo de delatar a Milton Hamilton como uno de sus contactos. Una gran delicadeza por parte de Mimí hacia Milton. O quizá tenía severísimas órdenes de no comprometer, bajo ningún concepto, al agente secretísimo y especialísimo del F. B. I.

que deambulaba por el mundo haciendo a la perfección su papel de despreocupado *playboy*... Abu Ornan era de estatura mediana, recio de hombros y sus negros ojos se movían inquietos hacia todos lados... especialmente hacia una mesa en la que antes había habido dos hombres... y ahora estaba vacía. Seguramente, Abu Ornan era israelita.

—¿Adónde iremos luego, Milton?

—¿Eh...?

—¡Te pregunto que adonde iremos luego! —rió una de las muchachas de su grupo.

—Pues no sé... Por ahí... ¿Os habéis bebido ya todo el champán?

—Está hipnotizado —rió uno de sus amigos—. ¡Tiene la copa delante de las narices y no la ve! ¡La bruja Antinea le ha hechizado!

Se echaron a reír todos. Milton sonrió, tomó la copa de champán y se la bebió de un trago. Inmediatamente puso la cara de quien acaba de ingerir un brebaje infecto.

—¿Qué es esto? —gritó—. ¿Otra pócima?

Hubo risas y bromas. El escenario estaba oculto tras las cortinas, mientras se precedía al cambio de decorado.

—Quizá Antinea ha embrujado esta botella de champán —rió otro de sus amigos—. ¡Hasta yo me siento enamorado de ella!

—¡Pues ya sois dos! —rió una de las muchachas.

Un fotógrafo apareció ante ellos y lanzó rápidamente tres disparos de *flash*. Milton Hamilton era siempre noticia. El *playboy* se quedó mirando hoscamente al fotógrafo mientras se alejaba, pero acabó por encoger los hombros y siguió bebiendo el *whisky* que habían pedido todos antes de ser obsequiados con champaña.

—Aaaahhhggg... —exclamó—. ¡Ahora comprendo! ¡Vaya mezcla...! Ahora vuelvo, chicos.

—¡Hey! ¿Adónde vas?

Sin hacerle el menor caso al preguntón, Milton se dirigió en línea lo más recta posible hacia la mesa de Philippe Moutignon. Tan recta era la línea que éste se quedó mirándole mientras llegaba, así como Abu Ornan. El otro hombre, las dos hermanas gemelas y la mujer sensual no se habían dado cuenta aún.

El ceño de Philippe Moutignon estaba ligeramente fruncido cuando Milton se detuvo junto a su mesa, si bien, el francés mostraba una ligerísima sonrisa de cortesía, no poco desconcertada. Las dos chicas y la sensacional mujer se dieron cuenta al fin de la presencia de Milton junto a ellas y le miraron así como el apuesto caballero vecino de Moutignon.

—Les aseguro que es la primera vez que me ocurre —dijo de pronto Milton.

El acompañante de Moutignon se quedó mirándole fríamente, en silencio. Abu Ornan entornó los ojos. Philippe Moutignon mejoró un poco su sonrisa de cortesía.

—¿A qué se refiere, *Monsieur*? —musitó.

—Vamos, no diré que jamás haya bebido un poco de más, pero nunca que yo recuerde, hasta tal extremo —murmuró muy perplejo el *playboy*... — Jamás, jamás, había bebido hasta el extremo de ver doble. Porque naturalmente, una de estas dos jovencitas es fruto del *whisky* y el champán que he ingerido... Una de las dos no existe, pero... ¿cuál de ellas? Con su permiso, voy a asegurarme...

Alargó una mano y pellizcó la barbilla de una de las hermanas gemelas, que apenas se movió. Se quedó mirando fijamente al yanqui, que parpadeó perplejo.

—Ésta es la auténtica —dijo Milton—. En cuyo caso, esta otra, es la que yo veo gracias al *whisky*... ¿Puedo llevármela?

Como quien está gastando una divertida broma y por supuesto,

no espera encontrar nada sólido bajo su mano, Milton volvió a alargar ésta, hacia un brazo de la muchacha. Lo tomó... y se quedó petrificado por el asombro. Philippe Moutignon se puso en pie bruscamente, ya sin sonrisa en sus labios.

—Tenga la bondad de no molestar, *Monsieur* —musitó.

—¡Atiza! —exclamó Milton—. ¡También ésta es de carne y hueso! Ya sé... ¡Debo de estar soñando!

—¿Será tan amable de soltarme, *Monsieur*? —sonrió la muchacha.

—Esto... Oh, bien, sí... Bueno. ¿Cómo me explican ustedes esto? ¿Eh? —Puso sus brazos en jarras—. ¿Cómo me lo explican?

El rostro de Philippe Moutignon estaba un tanto demudado.

—Creo que no debo explicarle nada, *Monsieur*. Retírese, haga el favor.

—Oiga. —Milton le apuntó con un dedo—. Estas dos preciosidades son hijas de usted ¿verdad? Aunque más bonitas... Je, je... Y ya que tiene dos iguales, ¿por qué no me regala una?

El apuesto acompañante de Moutignon endureció aún más su expresión mirando fijamente a Milton. Ni siquiera se movió.

—Está usted molestando, señor —dijo en perfecto inglés—. Me pregunto cómo tendremos que hacérselo comprender.

—Déjalo, Jacques —murmuró Moutignon—. El señor Hamilton va a retirarse ahora mismo, sin molestar más.

—¡Ah! —exclamó Milton—. ¿Me conoce usted, *Monsieur*?

—Hasta ahora, sólo de nombre. Hoy por desgracia, le he conocido personalmente. Buenas noches, señor Hamilton.

—Mmmm... Bueno... Parece que no he sido bien acogido, así que volveré con mi camada... ¿De verdad no me presta una de las chicas, *Monsieur*... *Monsieur*...?

Nadie replicó, ni se dijo nombre alguno. Milton los miró de uno a uno, guiñó un ojo a la dama sensual, lo cual fue motivo de que el gesto del llamado Jacques se endureciera aún más, y acabó encogiendo los hombros, haciendo un gesto de resignación.

—Bien... Fracasado y derrotado, me retiro con mis huestes. ¡Viva Francia! ¡Viva el «Moulin Rouge»! ¡Viva Milton Hamilton!

Dio media vuelta y regresó a su mesa, donde fue acogido con risas y bromas nuevamente, mientras era acribillado a preguntas respecto a lo que se había propuesto con aquello. Sin hacer caso a

nadie, Milton bebió otro trago de *whisky*, se puso en pie, y dijo:

—Damas y caballeros, hoy no es mi noche. Hasta una bruja me ha vencido. Así que —hizo una gran reverencia— me retiro a toda máquina a reflexionar sobre el fracaso que he obtenido... Mañana iré a ver a mi siquiatra. *¡Bonne nuit, mes amis...!*

—Pero Milton... —comenzó a protestar una de las muchachas.

—¡En retirada! —gritó Milton.

Cogió la botella más cercana de *whisky* dio la vuelta y se alejó tarareando una canción.

—Dejadlo —rió uno de sus amigos—. Lo de hoy lo hace de cuando en cuando. Ya aparecerá, cuando menos lo esperemos. Cada uno se divierte a su manera. Podríamos...

Mientras tanto Milton salía a la calle, y se quedaba mirando a todos lados, desconcertado. Por fin, como si le hubiese costado no poco esfuerzo mental, miró hacia donde había dejado su coche, en el establecimiento cortesía de «Moulin Rouge» a uno de los mejores clientes. Fue allá, seguido del sonriente portero, se colocó ante el volante y respingó cuando oyó la voz del hombre.

—*Bonne nuit, Monsieur Hamilton.*

—*Ah, Pierre, mon ami... Mais oui: bonne nuit... Merci.*

Metió la mano en un bolsillo del pantalón, sacó un fajo de billetes y estiró uno de cien francos, que tendió al portero.

—¿*Le va?* —sonrió.

—*Mais oui, Monsieur* —exclamó el hombre— *Merci beaucoup.*

—Allá voy —canturreó Milton— con mi bandera... del color del arco iris... lejos de estas tierras...

El coche salió zumbando, a tal velocidad que dejó escalofriado al portero. No se podía conducir de aquel modo por París, ni siquiera a aquellas horas de la noche. Pero se consoló pronto pensando que un muchacho tan amable y generoso como *Monsieur Hamilton* no podía tener ningún accidente. No sería justo.

CAPÍTULO II

MIMI Lacroix miró a todos lados del camerino, como si temiera dejarse algo. Luego, recogió su bolsillo, pensando que desde aquel momento llevaría siempre una pistola dentro. Abrió la puerta, salió al pasillo y se dirigió hacia la salida de artistas, saludando a varias personas que se cruzaron con ella. Su trabajo en el «Moulin Rouge» había terminado, por aquella noche y no sentía el menor deseo de ver la revista final. La había visto ya demasiadas veces.

Poco después, salía a la calle, con toda naturalidad. Pero sus esperanzas fallaron: Milton Hamilton, el único hombre que podía defenderla contra todo y contra todos, no la estaba esperando. No poco inquieta, la bellísima *strep-teaser* comenzó a caminar, en dirección a la plaza. Tomaría un taxi y...

El primer hombre apareció ante ella de pronto, como si hubiera brotado del suelo. Tenía la mano derecha en el bolsillo, la miraba y eso era todo. Su rostro iba cambiando de color, a medida que cambiaban las luces de los anuncios luminosos... Mimí Lacroix se detuvo en seco, estuvo inmóvil un par de segundos y luego comenzó a volverse lentamente... oyendo ya el rumor de un coche que llegaba hasta ella por detrás.

El auto se detuvo y el hombre que tenía la mano derecha dentro de un bolsillo del gabán, lo señaló con la izquierda. Luego se acercó al coche, siempre sin dejar de mirar a Mimí y abrió una puerta de atrás, para señalar enseguida su interior.

Otro coche pasó muy cerca; casi al mismo tiempo, pasaban algunas personas a pie, riendo, divertidas bajo la nieve que cubría el suelo de París. Llegó en seguida otro coche... un taxi; del cual se aparearon tres lindas jóvenes, riendo. Una de ellas estaba pagando al taxista, mientras las otras dos corrían hacia la entrada de artistas

del «Moulin Rouge».

—*Au revoir*, Mimí.

—*Ca vous avez fini?*

Mimí tragó saliva. Podía gritar, dar la voz de alarma... No se la podrían llevar entonces. No... No se la podrían llevar; simplemente la matarían allí mismo y escaparían.

Pálida se acercó al coche, entró y el hombre de la mano en el bolsillo lo hizo tras ella. Sacó entonces la mano, mostrando la pistola con el silenciador. El que estaba al volante puso el coche en marcha y se alejaron de allí.

—¿Está vigilando a Abu Ornen? —preguntó de pronto, en francés, el hombre de la pistola.

—¿Cómo?

—Sin tonterías. Abu nos la ha señalado. ¿Le está usted vigilando?

—Yo... no sé de qué hablan ustedes...

El hombre la miró torvamente. Ya no dijo nada más.

Cuarenta minutos más tarde, el coche se detenía en una calle que incidía diagonalmente en la Avenue de La Liberté, ya fuera de París, en Charenton, por debajo del Bois de Vincennes. A la derecha, había una gran puerta de hierro, desvencijada, con puntas de flecha en lo alto.

El conductor del coche se apeó, empujó las puertas y cuando hubo espacio suficiente para el coche, entró con éste. De nuevo se apeó, volvió a cerrar las puertas y continuó adelante, hacia el edificio que se veía al fondo. Un edificio viejo, de dos plantas, completamente rodeado de coches viejos. También el camino hacia el edificio estaba delimitado por montañas de automóviles aplastados, retorcidos... Un cementerio de coches, donde también se fundían éstos para volver a aprovechar su parte metálica en nuevas piezas. Verdaderas montañas de coches desechados.

El auto se detuvo definitivamente delante del edificio, y un hombre apareció, envuelto en un grueso abrigo. Dentro, se veía solamente una luz, que parecía llegar de la izquierda. Debía ser el vigilante. Cambió unas palabras con el hombre que había conducido el auto, asintió con la cabeza, y aquél se volvió haciendo señas hacia su compañero, que señaló la salida a Mimí.

Salieron los dos y entraron en el edificio. A la izquierda había

una pequeña cabina, donde debía permanecer el portero la mayor parte de la noche, bien caliente, gracias a su estufa. Cualquiera salía bajo la nieve a vigilar coches que ya habían sido desechados...

Afuera quedó la noche, brillando en un tono blanco.

Unos ligeros copos de nieve habían comenzado a caer, reanudando la ligera nevada.

Mimí Lacroix fue empujada hacia el fondo de aquella gran nave también llena de coches viejos. A medida que caminaba, iba notando un reconfortante calor y de pronto comprendió a qué era debido: al gran horno de fundición que había al fondo, cerrado ahora, pero no apagado. Por entre pilas de coches, los tres llegaron ante la puerta del horno, que no ajustaba completamente, de modo que el rojo resplandor servía de iluminación más que suficiente.

Uno de los hombres consiguió una vieja cuerda de plástico de sobre un montón de chatarra, y ató las manos de Mimí a la espalda. Luego, los dos se quedaron delante de ella, mirándola fríamente.

—Abu Ornan vendrá más tarde —dijo uno de ellos—. El sabrá muy bien qué o quién es usted. Pero nosotros queremos adelantar el trabajo. ¿Está usted vigilando a Abu Ornan?

—Ustedes están cometiendo un error... No sé quién es ese hombre... Soy solamente una... empleada del «Moulin Rouge». Yo... ¡Aaaggfff...!

—¿Está vigilando a Abu Ornen? —insistió.

—Yo... yo no sé... de qué hablan... —jadeó Mimí.

Los dos hombres la miraron intensamente.

—No creemos que esto te importe —sonrió uno de ellos—. ¿O sí?

Mimí tragó saliva, simplemente. No tenía fuerzas para hablar.

—¿Ves el horno? —El otro se acercó a la puerta de hierro, la tocó con precauciones, y la abrió; señaló su rojo, rugiente interior, del cual brotaba un calor intensísimo—. Si no eres cariñosa, irás a parar ahí dentro. Y para mañana, cuando los obreros vengan a reavivar el fuego que nunca apagan, no quedarán de ti ni los huesos.

La empujó derribándola. Mimí quedó tendida cara al techo, muy abiertos los ojos.

El otro retrocedió unos pasos, refunfuñando. Por encima del rugir del horno se oían los gemidos de Mimí Lacroix, que se estaba

defendiendo desesperadamente. Y justo entonces, el del segundo turno, no muy conforme con la espera, alzó la cabeza sin saber por qué.

Su boca se abrió en un gesto de estupor y espanto al ver aquella figura encima de uno de los coches apilados. Una figura oscura, con sólo una mancha blanca en el pecho... Incluso la cabeza era negra. Un hombre vestido de *smoking*; alto, altísimo, cernido sobre él como un gigante.

Chop.

El fogonazo había brillado en la mano del gigante vestido de *smoking*, y la bala dio en el centro de la frente del que estaba abajo, petrificado de espanto y asombro. Un balazo certero, que le fulminó, aplastándole contra el suelo. Inmediatamente, el gigante, igual que un tigre negro, saltó los tres metros y pico que lo separaban del suelo, con toda comodidad, con un poderío muscular pasmoso que flexionó convenientemente sus piernas. Más allá, Mimí seguía debatiéndose, pero perdiendo fuerzas rápidamente.

Cuando el gigantesco personaje quedó junto a ellos, Mimí lo vio en seguida y en el acto dejó de luchar.

Una mano grande, de largos dedos fortísimos, bronceados, fue hacia la nuca del hombre y se clavó allí, como una tenaza inexorable, con una presión espantosa, que hizo crujir el cuello. Como si el hombre fuese un muñeco vacío, fue alzado, quitado de encima de Mimí Lacroix, que quedó tendida, contemplando aquella increíble escena... que nunca podría olvidar; el gigante hizo girar al bestial individuo, y su puño izquierdo se hundió como un émbolo mortal en su vientre, como si fuese a partirlo en dos; el sujeto lanzó un alarido de agonía, y quedó colgando como muerto, agitándose muy débilmente; otro puñetazo del mismo calibre dio en el mismo sitio y algo debió pasar dentro de aquel cuerpo, porque un delgado chorro de sangre apareció en el acto por la boca del castigado. Entonces sí quedó completamente inmóvil. Luego, como si fuese un desperdicio, fue arrojado dentro del horno. Segundos después, el que había muerto de un balazo en la frente seguía el mismo camino... Ciertamente, al día siguiente no quedarían de ellos ni los huesos.

Entonces el tigre negro se arrodilló junto a Mimí Lacroix, soltó sus manos y la ayudó a ponerse en pie; recogió el abrigo de uno de

los hombres y la ayudó a ponérselo.

—¿Estás bien, Mimí?

—Usted... llegó cuando ya no podía más... Gracias.

—¿Gracias? Divertida palabra entre nosotros. Celebro haber impedido que te maltratase esa bestia... Bien, será mejor que nos marchemos cuanto antes de este lugar.

—Sí señor... Francamente, cuando salí a la calle, y no le vi pensé, que me había dejado a mi suerte, señor Hamilton.

—¿Es una broma? —Se frunció el ceño del *playboy*.

—Perdone... Pero como usted es un agente tan especial...

Me pareció que por encima de todo estaba su incógnito.

—Por encima de todo no. Pero sí quiero conservarlo en lo posible. Por eso, esperé a que te llevasen y los seguí. No creo que eso sea dejarte a tu suerte. ¿De quién es este lugar?

—No sé. Ellos hablaron de Abu Ornen y de que iba a venir...

—Sí, eso ya lo oí.

—Pues no sé más.

—Yo me enteraré mañana. Abrígate bien: pronto vamos a salir a descampado... y está nevando.

Cuando pasaron junto a la cabaña, Mimí vio al vigilante, tendido de bruces en la puerta. Miró a Hamilton, pero éste movió la cabeza en sentido negativo muy serio.

—No está muerto —aclaró—. Es sólo un pobre diablo.

Afuera seguía nevando y ambos corrieron hacia la doble puerta de hierro. Milton Hamilton la abrió lo suficiente para poder pasar y poco después ambos entraban en su coche, detenido a unos doscientos metros de allí. Lo primero que hizo el *playboy* espía fue alzar una pequeña trampilla en el piso de su coche, donde escondió la pistola.

—¡Iremos a un pequeño apartamento que tengo en Montmartre alquilado a nombre de otra persona! —dijo—. Naturalmente, después de esto tienes que permanecer oculta hasta nuevo aviso.

—Lo que usted diga, señor Hamilton.

CAPÍTULO III

COMO no llevaba la llave del pequeño apartamento situado en el 12, Rue Grabielle, Milton Hamilton tuvo que abrir la puerta con una horquilla de Mimí Lacroix. Entraron él encendió la luz y en seguida, una estufa de gas butano, frente a la cual se sentó Mimí, todavía envuelta en el abrigo de uno de aquellos hombres. En pocos minutos, Milton preparó café y unos bocadillos mientras daba unas breves instrucciones a su enlace con el

F. B. I.
en París.

—Procura no usar el teléfono, ni dar señales de vida. Hay comida en el refrigerador; tienes radio y televisión, pero será mejor que no las pongas en marcha. No te moverás de aquí hasta que yo, o nuestro jefe de París, te avise. Si la portera, o algún vecino, llegasen a la indiscreción de llamar a la puerta, diles solamente, si es necesario, que eres amiga de *Monsieur* Lafayette, y que le estás esperando. Solamente en caso de peligro, buscarás un nuevo contacto conmigo. ¿Entiendes?

—Sí...

—Bien —colocó la bandeja con bocadillos y café en la mesita rodante, junto a la estufa—. Antes de comer, será mejor que te eche un vistazo. Tiéndete en la cama.

Pasaron al único dormitorio y Mimí se tendió boca arriba, tras quitarse el abrigo. Completamente tranquila ante Hamilton, miró los ojos de éste, que estaban fijos en su vientre. Él se sentó en el borde de la cama, y pasó los dedos por el vientre de la muchacha, palpando muy cuidadosamente durante unos segundos.

—¿Te duele?

—No... no demasiado...

—Estupendo; parece que no hay lesiones internas. En ese armario hay algunas batas y ropa de mujer. Úsalo todo a tu comodidad. Ahora, tienes que escribir una carta al «Moulin Rouge». Dirás que has recibido una llamada telefónica notificándote que un familiar está muy grave, en... en Marsella y que has tenido que salir para allá inmediatamente. Que te perdonen, que aceptas la demanda que puedan hacerte por incumplimiento de contrato, pero que debes marcharte. Yo tiraré esa carta a un buzón cercano a tu piso. ¿Bien?

—Sí, señor.

—Deja de llamarme «señor».

—Sí, se... Bueno, ésta es ya la tercera vez que hacemos contacto y usted es... es tan serio que...

—Lo lamento. Espero no resultarte antipático.

Los ojos de Mimí Lacroix se abrieron en incrédula expresión.

—¡Desde luego que no! —exclamó.

—Gracias —siempre serio como una esfinge, Milton se puso en pie, sacó una bata del armario y la tendió a Mimí, que se incorporaba del lecho—. Ponte esto de momento. El apartamento aún está frío para andar sin ropas. Vamos a tomar café y unos bocadillos, mientras me pones al corriente de lo que tengo que hacer respecto a Philippe Moutignon.

La ayudó a ponerse la bata y regresaron al saloncito. Allí la temperatura iba mejorando, gracias a la estufa. Se sentaron los dos, y Milton devoró prácticamente medio bocadillo de un solo mordisco. Bebió un sorbo de café y miró atentamente a la muchacha, que parecía fascinada.

—¿Y bien? —susurró.

—Usted... usted es... un hombre que...

El espía *playboy* miró su reloj y frunció el ceño.

—Son las cuatro menos diez de la madrugada, Mimí. Francamente, créi que después de dos contactos me conocerías mejor. Tienes exactamente un minuto para explicarme el asunto... Exactamente igual que lo habrías hecho en el «Moulin-Rouge». Te escucho.

—Philippe Moutignon, que tiene su residencia fija en una villa, número 74, Boulevard Saint Germain, es un millonario francés relativamente conocido. Tiene diversos negocios conocidos y sin

duda, algunos que nadie conoce. Pero la mayor parte de su dinero, según hemos sabido últimamente, proviene del contrabando de armas. Sin embargo, no es un contrabandista vulgar. Tiene enlaces en varias partes del mundo, que son los que dan la cara. Philippe Moutignon es... el hombre grande del grupo. No sabemos de dónde obtiene las armas, pero sabemos que le llegan de diversos países. Tiene armas en abundancia, que envía a África y Asia principalmente, aunque también ha enviado a Sudamérica y últimamente, a Oriente Medio. Esas armas salen de fábrica sin ninguna marca especial y, menos aún, con el número de serie de fabricación. De todos modos, sabemos que recibe armas de Estados Unidos, de Rusia, de Checoslovaquia, de Francia y de Inglaterra, por lo menos. Seguramente, tiene otros proveedores en otras naciones. Esos proveedores producen un exceso de armamento que venden a Moutignon, el cual, a su vez, por medio de la red de enlaces que tiene prácticamente en todo el mundo, las distribuye a quienes se las pagan bien, sea quien sea. Ha ocasionado ya, por eso, varios conflictos, de modo que se ha decidido eliminarlo. Pero más importante que eso todavía, es saber exactamente cuáles fábricas de cada país y especialmente de Estados Unidos, abastecen de tales armas a Moutignon, defraudando así a su respectivo país. Ese exceso de producción clandestina de armamentos debe cesar... O, mejor dicho, debe ser controlado. Todo este informe se resume en dos puntos. Uno: encontrar la libreta que según rumores, tiene Philippe Moutignon en su caja fuerte, y en la cual constan los nombres de los fabricantes de armas que producen en exceso para ser vendidas clandestinamente a Moutignon; especialmente, interesa el fabricante de Estados Unidos, pero sería interesante saber quiénes son los demás fabricantes, a fin de informar a los respectivos gobiernos, que, por supuesto, quedarían muy agradecidos al

F. B. I.,

o a nuestro gobierno al menos. Dos: eliminar a Moutignon y a su segundo, que es el hombre que estaba con él en el «Moulin Rouge», al cual va sin fallo todos los martes, como hoy; por eso, tuvo usted que ir a recibir mi informe allí. El segundo de Moutignon se llama Jacques Blondet y pasa por su secretario. ¿Tiene que hacer alguna pregunta?

—No. Buenas noches, Mimi.

Se puso en pie y ella le imitó, rápidamente, desconcertada.

—¿Se va usted? —murmuró.

—Tengo cosas que hacer.

—Bueno, yo... creí que... acabaría de pasar aquí la noche.

—Estás diciendo tonterías.

Mimí Lacroix se sonrojó violentamente.

—No creo ser tan despreciable, Milton. Desde que te conocí lo he estado deseando y no creo que tengamos otra ocasión mejor que ésta. Claro que, si me desprecias...

—Éste no es el momento.

—Lamento mucho no ser de tu agrado —musitó ella.

—Tu comportamiento es del todo impropio —dijo Milton, con frialdad—. Estamos trabajando ¿no es así? Debo advertirte que si reincides en esto, pasaré el informe directamente a Washington y cuando menos exigiré que seas borrada de mi lista de enlaces. ¿Está claro?

Mimí Lacroix tragó saliva, siempre fija su mirada en aquellos ojos de color gris acero, que ahora parecían más duros que el propio acero. La boca estaba plegada en un seco gesto y las recias mandíbulas parecían más duras y agresivas que nunca.

—Lo... lo siento.

—Lo olvidaré por esta vez... que espero será la última.

—¿Debo darte las gracias? —Tembló la voz de Mimí.

Milton Hamilton la miró francamente sorprendido.

—En primer lugar, nunca espero que nadie me agradezca nada. En segundo lugar, tu sarcasmo está tan fuera de lugar como tus deseos personales en este momento. Si distraes la mente o el cuerpo con tonterías, este simple juego del espionaje acabará contigo muy pronto. Adiós. Tengo que preparar el segundo contacto con Philippe Moutignon...

—¿El segundo? —exclamó Mimí, pálida.

—Oh, sí... Ya tuve el primero, en el «Moulin Rouge», mientras tú estabas en tu camerino.

—Pero... ¿Cómo fue?

Milton sonrió secamente y lo explicó, con muy pocas palabras. Mimí se quedó mirándole entre estupefacta y defraudada.

—¡Después de esto, jamás podrás acercarte a ese hombre para relacionarte con él! —dijo—. ¡Ha sido un primer contacto

desastroso!

—¿Tú crees? —sonrió inesperadamente Milton—. Pues yo opino que ha sido un primer contacto magnífico, sensacional... Pero el segundo aún será mejor. Buenas noches, Mimí. Oh... La carta que has de enviar al «Moulin Rouge». Escríbela enseguida.

Seis o siete minutos más tarde, Milton Hamilton abandonaba aquel apartamento alquilado a nombre de *Monsieur* Lafayette, dejando a Mimí Lacroix pensando que con aquel extraño hombre ni siquiera una auténtica Antinea bien provista de brujerías podría conseguir nada. Era una... máquina de espionaje, simplemente. Y si él decía que el segundo contacto con Philippe Moutignon iba a dar resultado... ¿quién se atrevía a dudarlo?

CAPÍTULO IV

SIN duda, hermanita: era un hombre terriblemente apuesto. Nunca le había visto en persona, y estaba convencida de que era muy fotogénico, pero nada más.

—Papá y Jacques estuvieron demasiado duros con él —dijo la hermana gemela—. A decir verdad, me arrepentí en seguida de pedirle que me soltase el brazo. Me habría gustado pasar más tiempo con él... Tú me entiendes, ¿verdad?

Monique y Colette Moutignon, las dos bonitas hermanas gemelas, se echaron a reír maliciosamente. Estaban ambas en el dormitorio de Monique, ambas en *deshabillé*; Monique en la cama, y Colette sentada en un silloncito, fumando. Por el ventanal del dormitorio se veía el jardín, cubierto de nieve; un par de abetos con las ramas cargadas del blanco elemento daban un ambiente muy agradable. Por supuesto, dentro de la quinta la calefacción central anulaba todo el frío del exterior.

—Parece un hombre muy... apasionado. ¿Te fijaste cómo se abalanzó a besar y abrazar a Mimí Lacroix? ¡Parecía que fuese a comérsela!

—¡Y la muy tonta, le rechazó! —volvió a reír Monique.

—Debía ser una bruja de pega... ¿Sabes qué te digo? Me gustaría mucho volver a encontrar al señor Hamilton. Pero no en el «Moulin Rouge», o un sitio parecido, con papá y Jacques delante. ¿Tú crees que podríamos arreglárnoslas para llegar hasta él?

—No sé... Aunque papá sea millonario, no pertenece al grupo social de Hamilton. Lo ha intentado, pero sin conseguirlo. Siempre se le ha recibido con cierta frialdad. Según parece, les divierte que sea un comerciante.

—En fin... Esperemos que la suerte nos ponga otra vez en

contacto con ese bellísimo caballero. ¡Y esta vez no le dejaremos marchar tan fácilmente! ¿Te fijaste qué manos tan grandes y hermosas tiene?

—¿Y los hombros? Anchos como una casa, hermanita. Es todo un ejemplar. No me extraña ahora que haya conseguido esas proezas deportivas que mencionan las revistas. Por cierto: antes de reunirnos con papá en «Beaudelaire» tenemos que comprar varias revistas, para ver las fotos que le hicieron. Creo que voy a dedicarme a coleccionar fotos del señor Hamilton.

—¿Y Jean Paul Belmondo?

—Le he olvidado ya.

Volvieron a reír las dos. Monique miró hacia la puerta del lujoso y gran dormitorio, en cuyo umbral acababa de aparecer una de las doncellas del servicio.

—¿Qué ocurre, Annette?

—Hay un hombre abajo que trae dos cestas de flores señoritas. Dice que son para las señoritas Moutignon y que tiene que entregárselas personalmente, con un recado privadísimo de Mister Milton Hamilton.

Las dos gemelas lanzaron un grito de alegría. Colette se puso en pie y Monique saltó del lecho a toda prisa.

—¡Dile que bajamos dentro de cinco minutos! Es ya muy tarde y tenemos que encontrarnos con papá, para almorzar juntos... ¡Vamos a arreglarnos, Colette!

La doncella se retiró con el recado y las dos hermanas se empeñaron en una carrera de velocidad en maquillarse y vestirse. Diez minutos más tarde, aparecían en el lujosísimo vestíbulo de la quinta, ya mirando, desde la blanca escalinata, al hombre que permanecía en pie cerca de la puerta, oculto de cintura para arriba por dos fantásticos ramos de flores, que parecían a punto de sepultarle.

—¿Tiene usted un recado para nosotras? —se interesó amablemente Colette, cuando llegaron ante él.

—Primero, las flores —dijo el hombre—. Luego, el recado.

Las dos hermanas lanzaron una exclamación y se quedaron sin saber qué hacer, casi tambaleándose bajo el peso de los ramos que el hombre repartió entre ellas. Y por entre las flores, atónitas, vieron el rostro del hombre, sonriente, amable, guapísimo.

—Señor Hamilton... Es una sorpresa...

—No sabíamos que fuese usted...

Milton Hamilton sonrió más ampliamente.

—Ése era mi deseo: darles una sorpresa. ¿Lo he conseguido?

—Completamente.

—Magnífico. La espera ha valido la pena. Iba a enviar a un empleado de la floristería, pero me pareció más simpático traer yo mismo las flores. ¿Están de acuerdo?

—Sí, por supuesto. Bien...

—Oh, permítanme: dejaremos las flores sobre estos sillones... Yo lo haré, no se molesten...

Dejó ambos ramos en los sillones del rincón del vestíbulo y se quedó mirando a las hermanas gemelas, que parecían fascinadas.

—Bueno, puesto que ya he entregado las flores, les daré ahora mi recado: Milton Hamilton, servidor de ustedes, pide humildemente perdón por su grosería de anoche; lo pide de todo corazón, consternadísimo y desea que estas palabras y estas flores puedan ayudar a disipar el enfado de las dos más preciosas señoritas de París. Ejem... ¿Qué responden?

Las dos hermanas, un tanto estupefactas al principio, acabaron por echarse a reír a la vez. Una de ellas se adelantó, tendiendo su manita.

—Está perdonado, señor Hamilton. Yo soy Monique, y ella es Colette. Han sido unas disculpas muy bonitas.

Milton besó las manos de ambas, muy ceremonioso y elegante. Cuando volvió a erguirse, las gemelas quedaron por debajo de su barbilla, impresionadas, maravilladas.

—Y ahora —dijo el *playboy*— ha llegado el momento de solidificar nuestra amistad. ¿Hemos borrado de nuestras mentes lo sucedido anoche en el «Moulin Rouge»?

—Completamente borrado —murmuró Colette.

—Fantástico. Entonces... ¿aceptarían almorzar conmigo en «Maxim's»?

Colette y Monique cambiaron una mirada de duda.

—Bueno... Resulta que hoy teníamos que almorzar con papá en «Beaudelaire».

—¿En «Beaudelaire»? —Frunció el ceño Milton—. Oh, bien, sí... Creo recordar dónde está ese lugar, aproximadamente. De todos

modos, mi chófer, que es parisino, sabrá sin duda encontrarlo en seguida. ¿Las puedo llevar allí? Naturalmente, no seré yo quien prive a un padre de la compañía de tan encantadoras hijas... Soy un buen muchacho.

El desencanto de las gemelas era tan visible que Milton tuvo que hacer un esfuerzo para no mostrar una sonrisita irónica. Colette encontró pronto una solución, que expuso muy alegremente, casi con ansiedad.

—Puede llevarnos allí, señor Hamilton... y almorzar con nosotros. ¿Acepta?

—Bueno... Había pensado invitarlas yo, pero «Maxim's»,

claro, no en ese sitio... Además, mucho me teme que su padre no sea tan indulgente como ustedes. Sé que estuve muy estúpido e incorrecto anoche, y...

—¡Papá aceptará encantado sus excusas, se lo aseguro! —exclamó Monique—. No es un hombre rencoroso comprenderá que usted había exagerado su diversión, que...

—Si están pensando que bebí demasiado, pues no. Jamás bebo demasiado. Pero me he enterado esta mañana de que mis amigos me gastaron una broma: echaron

L. S. D.

en mi *whisky*, rociándolo en el hielo. De modo que yo estaba un poco eufórico... Es una tonta broma que se gastan entre ellos a veces... y anoche me tocó a mi ser la víctima. Y creo que si perdí la apuesta con la bruja «Antinea» fue precisamente debido al

L. S. D.

—Si no le hubieran gastado la broma de esa droga, ¿habría podido resistirse a los encantos de aquella preciosa mujer? —sonrió Colette.

—Por supuesto. Yo soy capaz de resistir los encantos de cualquier mujer, si me lo propongo. Ni la más bella del mundo conseguiría hacerme mover un dedo si yo no quería.

—¿Está seguro, señor Hamilton?

—¡Estoy segurísimo!

—Bien... Nos ha resultado usted un caballero muy... frío. Pero seguimos pensando que es buena la idea de ir a almorzar los tres con papá. Después podríamos, buscar un modo de pasar

agradablemente la tarde, mientras papá sigue con su trabajo.

—No sé... Me pareció un hombre tan serio... Temo que no me perdone.

—Papá le perdonará. No sólo por su natural bondad sino porque jamás nos ha negado nada. Antes dejaría que le descuartizaran que ocasionarnos un disgusto, por pequeño que sea.

—Ah... Es formidable tener un padre así. Puesto que tan seguras están de que seré perdonado, acepto con gusto. Pero les advierto que soy un buen sicólogo: si veo que su padre me admite de mala gana, presentaré mis excusas y me iré.

CAPÍTULO V

ES usted un hombre simpático, señor Hamilton —sonrió Philippe Moutignon—. Y muy correcto, en realidad, según parece ahora. Por favor, siéntese: estaré encantado de que almuerce con nosotros.

—Muchas gracias, señor. Es usted sumamente amable. Pero si molesto...

—No, no... ¡De ninguna manera! Si usted se fuese de aquí ahora por mi culpa, mis hijas me odiarían por el resto de mi vida... ¿No es cierto, queriditas?

—¡Qué exagerado eres, papá! —rió Colette.

—Es posible. —Moutignon miró sonriente a Milton—. De todos modos, no cabe duda que usted les ha caído muy: bien y ahora que le conozco mejor, debo decir que a mí también me agrada... Le presento a Jacques Blondet, mi secretario.

Milton miró a Blondet, el hombre apuesto de la sonrisa fría y cortés que a su vez le estaba mirando con una fijeza casi molesta. Desde que Milton y las hermanas gemelas habían entrado en «Beaudelaire», Jacques Blondet no había quitado la vista de Hamilton. Y desde luego, no parecía amable, tan asequible como Philippe Moutignon. Ocupaba el fondo del sillón corrido a lo largo de la pared, en aquel rincón íntimo del restaurante, y parecía dispuesto a verlo todo, a no perder detalle de lo que ocurría a su alrededor.

—Encantado, señor Blondet —murmuró Milton.

—Lo mismo digo.

Milton quedó como quien no sabe qué decir. Moutignon hizo una seña a un camarero y le pidió otra silla para aquella mesa. Mientras la traía, Milton ayudó a sentarse a las gemelas, muy

correcto. Por fin, se sentó él, con actitud un tanto indecisa. El camarero esperaba muy cerca de la mesa.

—He pedido ya el almuerzo de mis hijas —dijo Moutignon—. ¿Qué desea usted, señor Hamilton?

—Oh, da lo mismo... Lo mismo que usted, por ejemplo.

—¿Lo mismo que yo? —rió el francés—. Temo que eso estropearía su atlética figura en pocos días.

—Pero un día, es... un día —sonrió también Milton—. Además he comprobado ya que puedo comer cualquier cosa durante todo el tiempo que sea, sin engordar un solo gramo.

—¿De veras? —exclamó Moutignon—. ¡Pues créame que le envidio, señor Hamilton! No sabe usted la suerte que tiene. En cambio, yo soy de esa clase de personas que come media libra de pastel y engorda medio kilo en grasa. Un desastre. ¿Tiene usted algún truco especial?

—Papá —protestó Monique— ¡qué preguntas tienes! El señor Hamilton es un deportista y lo sabes muy bien. Por eso nunca engordará como tú.

—Ya te hemos dicho muchas veces —añadió Colette— que te conviene hacer algún deporte. El tenis, por ejemplo.

—¡El tenis! —Se asustó Moutignon—. ¡No podría correr detrás de esa minúscula pelota ni con patines!

Se echaron a reír todos, excepto Jacques Blondet, que se consideró cumplido con esbozar una sonrisilla lo más amable que pudo... que no fue mucho.

—En tal caso —dijo luego Milton— ¿por qué no aprende a ir con patines, señor Moutignon? ¡También es un deporte!

Volvieron a reír todos. Philippe Moutignon estaba encantado, al parecer. Ciertamente al principio, cuando iban hacia la mesa, Milton le había notado un ligero fruncimiento de ceño, pero evidentemente, Moutignon no era rencoroso... ni tonto. Cuanto más le miraba, más se convencía Milton de que tenía ante sí a un enemigo de cuidado. Por supuesto, meterle un par de balas en la cabeza a Philippe Moutignon no representaría ninguna dificultad. Pero, antes de hacer eso, Milton tenía que conseguir la libreta en la que estaban anotados los nombres de los fabricantes de armas de los diversos países que las servían clandestinamente a Moutignon.

Seguramente, en esa misma libreta, Moutignon debía tener

también los nombres de sus propios distribuidores, cómplices, nombres de barcos, rutas que seguían las armas, precios a los que las compraba o vendía... Una interesantísima libreta, que, naturalmente, Philippe Moutignon debía tener a buen recaudo, bien guardada, en un lugar seguro. ¿La caja fuerte de su despacho privado en la quinta del Boulevard Saint Germain? Quizá...

—En realidad —dijo Moutignon, todavía riendo—, todo en la vida puede ser tomado como deporte. Incluso los negocios, el propio trabajo de uno... Al menos, eso es lo que hace usted, señor Hamilton. ¿No es cierto?

—Pues sí... Pero yo soy un gandul, señor Moutignon y no me parece que usted sea persona que aceptase ese deporte. Por el contrario, parece un hombre activo, dinámico, emprendedor...

—Lo contrario de un *playboy*, en una palabra —dijo Blondet.

Milton le miró con una sonrisa de niño tonto.

—Usted lo ha dicho, señor Blondet. El señor Moutignon no es apto para ser gandul, como yo.

—Oh, vamos, vamos —protestó Moutignon—. Usted no puede ser tan... gandul como dice, señor Hamilton. Un gandul *playboy* jamás podría controlar ese fabuloso grupo de empresas de todas clases como lo hace usted.

—¿Yo? —Se asustó Milton—. ¡Lo único que hago yo es firmar papeles que me ponen delante mis secretarios y secretarias! Le aseguro...

—¿Van a hablar de negocios? —murmuró Monique.

—Mis hijas parece que son como usted —sonrió Moutignon—. Viven alegremente, sin saber de verdad lo que cuesta conseguir un solo franco. A veces, pienso que tendría que buscarles una ocupación, pero luego me digo que ya es suficiente que haya un... trabajador en la familia. ¿Por qué proporcionarles molestias, angelitos míos? Ellas tienen derecho a lo mejor de la vida, y yo hago lo posible por proporcionárselo: coches, vestidos, viajes, estudios en Montmartre para pintar y sentirse bohemias, caprichos de todas clases... ¿Por qué no dejarlas vivir así? Si no lo permitiera mi esfuerzo no tendría sentido.

—Supongo que tiene razón —admitió Milton—. No creo que nadie pueda censurarlo por querer a sus hijas, señor Moutignon...

—¿Qué haremos después? —Se impacientó Monique.

—Si te refieres a Jacques y a mí —replicó con benévola ironía su padre— volveremos al despacho. Y no creo que nos necesitéis para divertirlos: estáis en buenas manos. Oh, parece que al fin vamos a poder almorzar...

—Ha sido un placer conocerle, señor Hamilton —aseguró Philippe Moutignon—... Espero que no sea la única vez que almorzaremos juntos.

—Estaré encantado... y no me importará comer lo mismo que hoy.

—Le envidio sinceramente —rió Moutignon—... Bien, ya sabe dónde tiene usted su casa... a la cual espero que devuelva a mis hijas sanas y salvas. En cuanto a mí, estoy a su disposición lo mismo en el aspecto personal que en el comercial. En mi tarjeta encontrará la dirección de mis oficinas.

—Sí... Muchas gracias. Quizá podamos hacer negocios juntos alguna vez, aunque, claro, yo sólo entiendo de aceros y no demasiado. Mis demás negocios y empresas están en manos de competentes empleados.

—Mmmm... ¿Aceros? Bien... Yo tengo una fundición, en Charenton, fuera de París. Un cementerio de coches viejos, que son fundidos para su posterior aprovechamiento, pero, claro, es una insignificancia para usted.

—¿Quién sabe? —sonrió Milton—. Volveremos a hablar sobre eso. Adiós, señor Blondet: he tenido mucho gusto.

—Igualmente.

Milton y las dos gemelas fueron hacia la salida del comedor, mientras Jacques Blondet bebía un sorbo de coñac, fija su mirada en la anchísima espalda del norteamericano; Moutignon encendió un gran cigarro habano, y expelió el humo con evidente deleite. Luego dijo, sonriendo astutamente:

—No estaría nada mal relacionarme con Hamilton, ¿no te parece, Jacques?

—¿Se te ha ocurrido la idea de convertirlo en tu yerno? —sonrió no sin sarcasmo Blondet.

—Bueno... No exactamente. Hablaba desde el punto de vista comercial. Un hombre que tiene flotas de barcos, de aviones, coches y casas en todo el mundo, cientos de millones de dólares... Y como además, no parece que su cerebro esté a la altura de sus músculos,

no sería mala idea convertirlo en parte de mi familia. No... No sería mala idea.

—No seas iluso. Ese individuo puede relacionarse siempre que quiera con las mujeres más famosas y hermosas del mundo. He leído algunas cosas sobre él y sé que es el *Playboy* más descarado e inútil de todos los que pululan por el mundo. Le conocen hasta en... Groenlandia. Despilfarra los dólares como nosotros los céntimos. Dudo que haya en el mundo mujer alguna capaz de cazarle. Lo máximo que pueden conseguir tus hijas es divertirse con él.

—Bien —suspiró Moutignon—. Si eso es lo que ellas quieren, pues que les aproveche. Será el juguete más barato que les habré proporcionado. Y hay que admitir que es un juguete hermoso... Espero que sepan disfrutarlo.

—¿Nos vamos ya?

—Espera... Terminaré mi coñac. Además, hasta las cuatro no irá Abu Ornan al despacho. A ver si ha conseguido averiguar algo... No es posible que los hombres desaparezcan así como así, ni siquiera en París.

—Esos dos hombres de Ornan están muertos —aseguró Blondet.

—No seas pesimista. Abu se ha interesado por el domicilio de la tal Mimí Lacroix y envió allá a otros dos de sus hombres, pero al parecer, la chica se ha ido a Marsella. Es posible que los amigos de Abu se hayan ido tras ella.

—Quizá. Sin embargo, esto no me gusta. El portero de noche de la fundición dice que ellos entraron con la chica. Al poco rato, recibió un golpe no sabe cómo y cuándo se recuperó, Mimí Lacroix y los dos amigos de Ornan, habían desaparecido. Y eso es absurdo: ellos tendrían que haber avisado a Abu Ornan, puesto que ya tenían a la chica. Otra cosa más: Ornan les indicó claramente que debían llevarla a la fundición y esperarle... ¿Por qué no lo hicieron? ¿Cómo es posible que la chica se haya ido a Marsella?

—No sé.

—Ornan aseguró que ella trabajaba para la

C. I. A.

o algo así, hace tiempo y que tuvo un tropiezo con ella en Tel Aviv. Más vale que vayamos con mucho cuidado. Por el momento, convendría no dar orden a Ornan para que recoja las armas en el Norte de África para llevarlas a su cliente de esta vez.

—Tonterías... No tenemos por qué perder ningún negocio.

—Mi sugerencia es que permanezcamos inactivos —murmuró Jacques Blondet—. Pero tú eres el jefe y no eres tonto. Piénsalo bien, Philippe.

—Lo pensaré bien. Pero antes, esperemos a ver qué nos dice Abu Omán a las cuatro. Quizá todo se haya arreglado.

—Lo dudo... este asunto es demasiado importante e internacional para pasar por alto cualquier pequeño detalle...

—No seas pesado, Jacques —refunfuñó Moutignon—. Nos hemos enterado bien de que Mimí Lacroix trabaja hace tiempo en el «Moulin Rouge», de modo que todo puede ser una casualidad.

—Ella puede estar trabajando en el «Moulin Rouge» como una corista y ser una agente de la C. I. A.

¿no? O quizá ahora esté trabajando para el Deuxième Bureau, o algo parecido. En cuanto a ese Hamilton, no me gusta.

—Lo supongo —sonrió maliciosamente Moutignon—. A ti, quien te gusta, es René. ¿Por qué no la has traído hoy a almorzar? A las amantes, hay que tratarlas bien, querido amigo.

—Ella está indispuesta —gruñó Blondet—. Y no me gusta que te tomes a broma esto, Philippe. Abu Ornan está en París y esta noche, o mañana, van a llegar Norman Folk y Jefferson Nabato, con sus pedidos para Asia y África respectivamente. Son tres de nuestros mejores intermediarios y creo que no debemos arriesgar. Y mucho menos, arriesgarnos nosotros. Podríamos decirles que se marcharan y que esperaran a que los llamásemos, cuando todo se hubiese aclarado...

—No pienso hacer eso —dijo secamente Moutignon—. Tenemos las armas esperando y los clientes con buenos fajos de billetes americanos esperando las armas... Si esa Mimí Lacroix ha desaparecido, que se vaya al infierno. Yo haré mi negocio... Cuidado... ¡Ahí vuelve Milton Hamilton!

Jacques Blondet volvió la cabeza, casi sobresaltado hacia donde miraba su jefe. En efecto: Milton Hamilton, ahora envuelto en un espectacular abrigo de visón sobre cuyos hombros se veían unos diminutos copos de nieve, caminaba hacia ellos, cruzando el comedor con el gesto de quien está dispuesto a pedir disculpas a todo el mundo.

—¿Ocurre algo, señor Hamilton? —musitó Moutignon cuando el gigante rubio se detuvo en la mesa.

—No, no... Es que olvidé mi pitillera... Pero no la veo en la mesa. Creí que la había dejado aquí —alzó una servilleta y sonrió aliviado—. ¡Aquí está!

—Celebro que no la haya perdido.

—Bueno, no es por su valor... Me la regaló una... amiguita hace tiempo, en Hong Kong. Es de oro, lleva el encendedor incorporado —la mostró sonriendo—. Un recuerdo sentimental para mí. Bien, regreso con sus hijas, señor Moutignon. Perdonen si les he interrumpido...

—¡Bah! Aburridas charlas de negocios... Que se diviertan.

—Gracias. Hasta luego...

Hamilton cruzó de nuevo el comedor, salió al vestíbulo del restaurante y de allí a la calle, donde le esperaba el gran «Dodge» de color negro, matrícula de Pennsylvania, que había importado hacía poco más de dos meses. Entró en la parte de atrás, y cuando iba a dar instrucciones al chófer se quedó mirando asombrado a la única de las dos hermanas que había en el coche.

—¿Y Monique? —preguntó.

—Yo soy Monique —sonrió la muchacha.

—Oh... Parece que nunca podré distinguirlas a ustedes —murmuró Milton, mintiendo con toda naturalidad—. Bien... Pues ¿dónde está Colette?

—Recordó de pronto que tenía un compromiso para esta tarde y se ha marchado en un taxi.

—Vaya... Es una lástima, pues la belleza es mejor por partida doble ¿verdad?

—¿No tiene suficiente conmigo, señor Hamilton?

—Oh, no he querido decir... Sí, sí... A decir verdad —guiñó un ojo—, tres éramos demasiados. Bien... ¿Adónde vamos? Podríamos...

—¿Le gusta la pintura, señor Hamilton?

—¿La pintura? Por supuesto. —Milton abrió los ojos con una expresión de espanto, de pronto—. ¡Hey! ¡No estará pensando en llevarme al Louvre, Monique!

—¡No! —rió la muchacha—. ¡Por Dios, claro que no! Iremos a un sitio muy diferente, si le parece bien.

—¿Qué sitio es ése?

—Le he dicho ya a su chófer la dirección... ¿Aceptaría una sorpresa Milton?

—¡Me encantan las sorpresas! ¡Llévanos adonde te ha dicho la señorita, Louis!

CAPÍTULO VI

QUE le parece?

Milton miraba a todas partes, con la expresión de quien está muy agradablemente sorprendido. Era un estudio, en la azotea de un edificio de Montmartre, con un gran ventanal inclinado por el que se veía la nieve caída sobre París. Una gran pieza central, con un sofá, tres o cuatro sillones, dos caballetes para pintar, cuadros a medio terminar, una pequeña cocina en un rincón, un dormitorio y otra puerta, que debía ser el lavabo. Monique acababa de encender la estufa y miraba alegremente al *playboy*, con la pregunta aun vibrando en sus bonitos y frescos labios.

—Bueno. ¡Es formidable! —exclamó al fin Milton—. De veras, Monique: ¡Un lugar encantador!

—Vengo aquí de cuando en cuando. Es un sitio íntimo y tranquilo, ¿no está de acuerdo?

—Muy íntimo. Y precioso. ¡Me dan tentaciones de adquirir uno igual, para...!

Se calló y se quedó mirando con maliciosa sonrisa a Monique, que también sonrió.

—¿Para qué, señor Hamilton?

—Bien... Oh, quedamos en que me llamaría Milton, ¿no es así? Me pregunto qué podemos hacer en este lugar. ¿O acaso sólo hemos venido a verlo?

—No sé. Tampoco se me ocurre qué podemos hacer aquí toda la tarde... Aunque no sé si conoce usted la costumbre parisina de vivir el amor a media tarde.

—Conozco muchas costumbres amorosas —musitó Milton.

—¿Y... le desagrada la de París?

—En absoluto. Y puestas así las cosas, será mejor que despida a

mi chófer. Vuelvo en seguida.

Salió del apartamento, descendió a toda prisa las escaleras y cruzó la pequeña acera, metiéndose en la parte de atrás de su coche. Louis, sentado ante el volante, se volvió con expresión interrogante.

—Voy a quedarme arriba, Louis. Toma un taxi y vuelve a casa.

—Sí, señor... Quitaré el coche de aquí...

—No, no. Déjalo. Si nos ponen una multa, la pagaremos. Eso es todo.

—Muy bien, señor. Hasta luego.

—Adiós.

Louis salió del coche y cruzó la calle, mirando a todos lados en busca de un taxi. Milton sacó la pitillera de oro «que le había regalado una muchachita en Hong Kong», la abrió, movió hacia adelante y atrás por cinco veces el largo encendedor que parecía formar una sola pieza con la pitillera y aquél se desprendió. Le quitó la tapa inferior y luego una lateral. Ciertamente la mitad de aquel objeto era un encendedor. La otra mitad, era un diminuto magnetófono, que funcionaba a pilas especiales, fabricadas en el Japón. La cinta de grabación era poco más ancha que un hilo corriente de coser. Recogió la parte grabada, lo puso en marcha y acercó el aparatito a su oído. Tras casi un minuto de silencio, se oyó de pronto, la voz de Philippe de Moutignon:

—No estaría nada mal relacionarme con Hamilton, ¿no te parece, Jacques?

¿Se te ha ocurrido la idea de convertirlo en tu yerno?

—Bueno... No exactamente. Hablaba desde el punto de vista comercial. Un hombre que tiene flotas de barcos, de aviones, de coches...

Palabra por palabra, la conversación que Moutignon y Blondet habían considerado tan privada, pasó a conocimiento de Milton Hamilton, cuyo rostro estaba inescrutable. Por fin, cuando comenzó a oír su propia voz hablando de la pitillera, detuvo el aparatito, lo convirtió todo de nuevo en una pitillera con encendedor acoplado, la guardó y salió del coche.

Segundos después llamaba a la puerta del estudio de Monique.

CAPÍTULO VII

BIEN —sonrió Milton—. La Princesa regresa a casa a una hora muy discreta. Ni siquiera son las nueve, *mon amour*.

—Milton —le miró ella con ojos brillantes— ha sido una tarde que jamás olvidaré mientras viva.

Rodeó con sus brazos el cuello de Milton y le besó en la boca. El norteamericano correspondió cumplidamente al beso, pero a los pocos segundos, la apartó, con cierta delicadeza.

—Te amo —musitó ella—. Eres tan hermoso. Haría cualquier locura por ti, Milton.

—Qué bien. Pero de momento, vamos a tomar una copa con tu padre, si es que está en casa.

Salió del «Dodge» y fue a abrir la otra portezuela, por la que salió Monique. Ésta abrió la puerta de la casa, mientras Milton miraba como distraído el pequeño jardín, las verjas que lo separaban de la avenida...

Cuando entraron en la casa, el mayordomo iba hacia ellos, impávido el gesto. Les ayudó a quitarse los abrigos.

—¿Ha regresado Colette? —preguntó Monique.

—No, señorita.

—¿Y papá?

—Está en su despacho.

—Bien... Vamos, Milton.

Cuando entraron en el grandioso y lujosísimo despacho de gusto un tanto recargado, Philippe Moutignon alzó la cabeza y sonrió amablemente, mientras recogía unos papeles, que dejó en una esquina del escritorio, antes de ponerse en pie, tendiendo la diestra.

—¿Qué tal, señor Hamilton? ¿Lo han pasado bien?

—Espléndido, papá —aseguró Monique, tras besar a Moutignon

en ambas mejillas—. Milton es un compañero de lo más agradable. Le he invitado a tomar una copa con nosotros ahora.

—Oh, magnífico. ¿Y Colette?

—Tuvo que ir a un compromiso. Ya vendrá.

Philippe Moutignon miró rápidamente de uno a otro volvió a sonreír, y se acercó a la mesita donde estaba dispuesto el servicio de bar. Preparó tres copas y miró Milton, siempre con un amabilísimo gesto sonriente.

—«¿Napoleón?» —preguntó—. ¿O prefiere *whisky*, señor Hamilton? —El coñac «Napoleón» me estará estupendamente ahora.

Moutignon sirvió las tres copas, volvió a sentarse ante su mesa y miró su reloj, mientras Milton apartaba rápidamente la mirada de los papeles que el francés había estado examinando. Por lo poco que había podido leer, sabía que no tenían la menor importancia.

—¿Vas a salir, papá? —preguntó Monique.

—No, no... Sólo quería saber la hora. Bien... ¿en qué lugar de tremenda diversión habéis estado, pequeña?

—En el estudio de Montmartre. Milton entiende mucho de pintura.

—¿De veras? —sonrió ampliamente Moutignon—. Eso me place... La verdad, señor Hamilton ¿qué opina de Monique como pintora?

—Bueno... No lo hace mal. Pero apuesto que hay cosas que ella puede hacer mucho mejor... ¿Un cigarrillo?

—Sí, gracias. Veo que es usted un hombre sincero.

—¿Por qué no? Afortunadamente, Monique no tiene que ganarse la vida pintando cuadros. Permítame...

Moutignon había tomado ya un cigarrillo de la pitillera de oro y tras colocarse él uno en los labios al negar Monique con un gesto, Milton cerró la pitillera e hizo funcionar el encendedor, acercando la llama a Moutignon, que, mientras encendía el cigarrillo, alzó la mirada, como quien está escuchando algo. Milton sabía muy bien lo que estaba escuchando: el motor de un auto, afuera, en el jardín. El *Playboy* dejó la pitillera sobre la mesa, cerca de un periódico...

—¿Esperas a alguien, papá? —preguntó Monique, que también debía haber oído el rumor del motor.

—Pues... sí. Una pequeña reunión de negocios. Y veo que son muy puntuales.

—Negocios —refunfuñó Milton— ¿por qué todo el mundo tiene ese desmesurado interés en acumular millones? No lo comprendo.

—Yo tampoco lo comprendería si tuviera su inmensa fortuna, señor Hamilton —sonrió Moutignon—. Pero, los que no hemos nacido millonarios, sabemos muy bien que hay que luchar mucho para vivir... con decoro. De todos modos, hay algo que nosotros, los luchadores, no podemos conseguir fácilmente: ser admitidos en cierta... sociedad de altos vuelos.

—No desespere. Ahí tiene usted a Aristóteles y a otros... Me refiero a Onassis, por supuesto. Tuvo que luchar mucho y al fin lo consiguió... casi del todo.

—¿Le conoce usted personalmente?

Milton adoptó una expresión divertida.

—Por supuesto. Es una persona amable y muy correcta, aunque en asuntos de negocios resulta temible. Un luchador, como usted, no hay modo de engañarle. Por cierto... No sé si estará mañana... ¿O es pasado mañana...? No sé. Tengo la invitación en casa... Cuando sea, es posible que asista a la despedida de los Condes de Fowler... ¿Los conoce?

—De oídas —enrojeció ligeramente Moutignon.

—Oh, entiendo... Los condes de Fowler ya son algo mayores, y cuando ya han pasado las Navidades, suelen abandonar Europa por algunos meses. Van a las Hawái, donde tienen no sé cuántas cosas... Plantaciones, empresas... Cosas de negocios, también. Ellos prefieren el clima estival, así que, huyen de París.

—Seguramente, son personas que resultaría grato conocer personalmente —musitó Moutignon.

—Pues... sí. Sí, naturalmente. ¿Le gustaría asistir a su cóctel de despedida señor Moutignon?

—¿Yo? —Volvió a enrojecer el francés—. Temo que no... están a mi nivel, señor Hamilton.

—Pero sí al mío —sonrió Milton—. Echaré luego un vistazo a la invitación y le diré cuándo es exactamente. Les daré una sorpresa llevándoles a ustedes... Creo que estará allí la Bardot, la Morgan, quizá Polanski, algún que otro ministro... Gente así. En general, resultan un tanto aburridos, pero los jóvenes nos las arreglamos para pasarlo bien. Seguramente, nuestro grupo nos encontremos dentro de un par de semanas en Suiza... ¿Le gusta esquiar, señor

Moutignon?

—Me gustaría, pero no he tenido tiempo de aprender.

—¿De veras? ¿Y tú, Monique?

—Oh, yo sí he ido algunas veces, a Chamonix...

La puerta se abrió, de pronto y Milton se volvió, lentamente, indiferente la expresión. En el umbral, Jacques Blondet se quedó mirándole, medio sobresaltado. Detrás de él llegaban tres hombres, uno de los cuales ya era conocido por Milton: Abu Ornan.

—Buenas noches —saludó Blondet, tras ligera vacilación—. Philippe, no sabía...

—Oh, pasa, Jacques. Pasen, caballeros. Ustedes ya conocen a mi hija, y ella a ustedes. Les presento al señor Hamilton. Ellos son Norman Folk, Abu Ornan y Jefferson Nabato, empleados míos en el extranjero.

—¿Cómo están? —sonrió Milton, desganadamente, moviendo una mano.

Hubo algunas inclinaciones de cabeza y el *playboy* se puso en pie, con gesto de aburrimiento. Abu Ornan le miraba fijamente, con expresión sorprendida, sin duda recordando el incidente de la noche anterior en el «Moulin Rouge». Norman Folk era un pelirrojo de unos cuarenta años, alto, fuerte, de gesto amable y astuto. Jefferson Nabato era un negro delgado, seco, menudo, de córneas enrojecidas y mirada desconfiada.

—Debí comprender que era usted quien estaba aquí —dijo Blondet—. Supongo que ese «Dodge» de matrícula americana es suyo, señor Hamilton.

—Sí, sí... Bien, caballeros, ha sido un placer, pero muy breve, pues vamos a dejarlos solos. Detesto oír hablar de negocios. Sobre todo de los que no me importan. Hasta otra. *Au revoir, Monsieur Moutignon.*

—Quizá mañana podríamos seguir la conversación, señor Hamilton. Perdóneme por no poder atenderle esta noche, pero...

—Está perdonado, no faltaba más. ¿Me acompañas a la puerta, Monique?

Salieron los dos del despacho y Jacques Blondet cerró la puerta. Moutignon señaló los sillones a los recién llegados, tras estrechar sus manos. Blondet fue a sentarse en otro sillón, delante mismo de la mesa.

—Bien, —murmuró Moutignon—. No creo que haya mucho que hablar, amigos. Según las últimas noticias, todo va bien. Esta vez, se han utilizado los pesqueros libios. Están navegando ahora por delante de la costa de ese país, pero en alta mar. Por el procedimiento de siempre, ustedes dirigirán la operación respectiva para entregar las armas a nuestros actuales compradores...

—Karfa y Nopoulos siguen sin aparecer —musitó Abu Ornan, interrumpiéndole.

—¿Y qué?

—Algo está pasando, señor Moutignon.

Éste dirigió una airada mirada a Blondet.

—Supongo que te has dedicado a inquietarlos, Jacques.

—¿Yo? Te aseguro que no. Es cosa de ellos. Todos queremos las máximas garantías en este asunto, Philippe, es natural. El asunto tiene demasiada envergadura. ¿Por qué no quieres admitirlo? Mimí Lacroix, que Abu asegura que trabaja para la C. I. A.,

ha desaparecido, con los dos hombres de Abu. Está pasando algo... Si yo fuese tú, enviaría a los tres al Sur, a Niza, por ejemplo, a esperar nuevas instrucciones.

—La gran solución —farfulló Moutignon—. ¿Y qué hacemos con los pesqueros «Grandeur», «Solsenat» y «Morocco»? Están esperando entregar las armas que transportan y como comprenderás, cuanto antes lo hagan, mejor. ¿Crees que pueden quedarse con esas armas por un tiempo más o menos largo en sus bodegas?

—Bien... No, desde luego. En eso tienes razón. Convendría liquidar esto cuanto antes, pero de un modo cauto. Yo tiraría esas armas al mar.

—¿Estás loco? —gritó Moutignon, mientras los otros tres murmuraban excitadamente.

—¿Loco? —sonrió secamente Blondet—. ¿Por qué?

—¡Hay más de doscientos cincuenta mil dólares de beneficios netos en esos tres pesqueros! ¡Tírarlas al mar! ¡Olvida semejante sugerencia, Jacques!

—Como quieras. Ya no diré nada más. Piensa que sólo tienes que dar una orden por radio y esas armas irán al fondo del Mediterráneo. Desaparecerán y con ellas, cualquier prueba que alguien esté buscando contra nosotros.

—Podría buscarse una solución intermedia —murmuró Nabato.

—¿Intermedia? —dijo irónicamente Blondet—. Ésa es una bonita palabra, Jefferson. Pero, por lo visto, aún no habéis comprendido la situación tan bien como Abu y yo. Nuestro negocio es tan colosal, de tal envergadura, que perder esas armas no significaría nada. Pero sí sería catastrófico que alguien las encontrara. Mimí Lacroix ha desaparecido... ¿Quién nos asegura que no está muy cerca de esta quinta esperando que suceda algo? Hasta es posible que os haya visto llegar, que os haya fotografiado... ¡Yo qué sé! Pero os aseguro que no me fiaría ni de ese idiota de Hamilton.

Philippe Moutignon soltó un bufido.

—Deja a Hamilton en paz, Jacques.

—Muy bien. Tú mandas, repito. De modo que di tu última palabra. Pero que quede bien claro que yo soy contrario a la entrega de esa remesa. Voto porque las armas sean tiradas al mar cuanto antes.

Moutignon se le quedó mirando toscamente, mientras Blondet cogía la pitillera de oro y sacaba un cigarrillo, que prendió con el encendedor incorporado, distraído, reflexivo.

—No creo que el voto de Jacques sirva de gran cosa —gruñó Moutignon—. Pero si alguien le apoya, que piense que está perdiendo veinticinco mil dólares. ¿Abu?

—Yo creo que Jacques tiene razón.

—Ya son dos votos. ¿Jefferson?

—Tengo que entregar esas armas —dijo el negro.

—Dos a uno. ¿Norman?

—En contra de Jacques.

—Ya son dos a dos; y mi voto, que vale el doble, zanja esta cuestión. ¿Alguna cosa más, Jacques?

Éste dejó de mirar la pitillera, con curiosidad y extrañeza.

—¿No es ésta la pitillera de Hamilton?

—Sí... Vaya, se la ha olvidado... Mañana se la devolveré.

—Yo lo haré —se la guardó Blondet—. Bien, puesto que las armas van a ser entregadas, parece que no hay gran cosa más que hablar...

—Lo cual celebro, pues anoche me retiré muy tarde y hoy me siento cansado —murmuró Moutignon—. De todos modos, podemos

tomar unas copas juntos y aclarar pequeños detalles... Por cierto: supongo que esa partida de armas repartidas entre los tres pesqueros, son las que estábamos esperando de Estados Unidos.

—Así es, —asintió Blondet.

—Buenas armas fabrican los americanos —musitó Nabato.

—En efecto —sonrió Moutignon—. Y muy caras. Sería una estupidez tirarlas al mar. No creo que nuestros dos proveedores yanquis aceptasen esa explicación... Es decir, la aceptarían, pero eso no nos libraría de pagar su envío, si queríamos seguir el negocio con ellos. Y nos conviene mucho seguir.

—Podríamos seguir, aun perdiendo esa cantidad —insistió Jacques Blondet—. Hemos ganado muchísimo dinero y aún podemos ganar mucho más... si no sufrimos contratiempos.

—Eso está ya solucionado, Jacques —dijo ásperamente Moutignon; miró uno a uno a los otros tres—. ¿Todo está listo en el Norte de África?

—Todo esperando —dijo Nabato.

—Bien. Mañana a mediodía sale un avión para...

—Eso está solucionado ya —dijo Norman Folk—. Los tres tenemos pasaje, en tres vuelos distintos y llegaremos al lugar convenido en el momento oportuno.

—Bien. Supongo que, como siempre, os habéis alojado en hoteles distintos.

—Claro. En los de siempre ya sabe.

Philippe Moutignon sonrió ampliamente y miró su reloj.

—Las nueve y cuarto y no creo que tengamos nada más que hablar. Hoy me acostaré temprano, tal como me había propuesto.

—Después de tomar esas copas —sonrió el pelirrojo Folk.

—Oh, por supuesto... Y mientras tanto, Abu puede contarnos alguna de sus peripecias con sus catorce esposas.

—Diecisiete —rectificó Abu Ornan.

Norman Folk lanzó una carcajada.

—¡Los árabes sois admirables! Aunque supongo que la capacidad para soportar a las mujeres consiste en que no les hacéis el menor caso... salvo en determinados momentos, que son, en definitiva, los importantes.

Moutignon empezó a servir las bebidas, riendo.

—Supongo, Abu, que si alguna vez te visito en tu residencia, me

ofrecerás un par de tus jóvenes esposas. Cuando se tienen tantas...

CAPÍTULO VIII

POCO después de las diez menos cuarto, Jacques Blondet salió de la casa de su jefe y amigo, acompañando a los tres invitados especiales, que parecían de excelente humor. Subieron todos al coche de Jacques, a toda prisa, escapando de la densa nevada que parecía convertir la noche en una mancha blanca con colores que destellaban a lo lejos.

Hacía un frío considerable y cuando el coche salió al Boulevard Saint Germain, la quinta de los Moutignon, ya todo en silencio, habría parecido una tumba blanca de no haber sido por la luz que se veía en dos de las ventanas del piso alto.

Veinte minutos más tarde, un bulto blanco se movió en un rincón del jardín, desplazándose hacia la ventana del despacho de Philippe Moutignon, en la planta baja. El bulto blanco llegó por fin ante la ventana y una mano enguantada en negro apareció, con un delgado y plano objeto metálico, como una navaja ondulada. En menos de diez segundos, con aquel objeto, la ventana fue abierta. Desapareció la navaja, la mano empujó una puerta de la ventana y acto seguido, el plástico blanco cayó sobre la nieve, dejando ver entonces la gigantesca figura vestida de negro. Con rápidos movimientos, pasó al despacho, ajustó la ventana tras él, y se aseguró de que las cortinas quedaban bien cerradas.

Un rayo de luz brotó de la mano del hombre, directo hacia una recargada cornucopia imitación del siglo XVIII, cuyo espejo devolvió cegadoramente el haz de luz. Estaba cerca de la puerta, a la izquierda y el gigante la apartó con sumo cuidado hacia un lado, hacia otro... Apenas la movía un par de milímetros. Por fin, la alzó hacia arriba, y no pareció en absoluto sorprendido por el hecho de que quedara alzada, fija, igual que la valva de una ostra. Durante

quince segundos, la enguantada mano estuvo palpando alrededor de la caja fuerte que apareció allí.

Luego, la mano desapareció; sólo un par de segundos. Reapareció con unos diminutos alicates, con los que cortó el delgadísimo hilo transparente de la alarma.

El guante fue quitado de la mano, mostrándola en toda su masculina belleza, grande, fuerte, de dedos largos y sensibles, que comenzaron a moverse haciendo girar el disco de la combinación... Tan sólo dos minutos más tarde, la circular puerta de acero quedó abierta. La linterna quedó colocada sobre una presilla en el hombro del intruso, iluminando el interior de la caja.

A partir de entonces, con las dos manos, el gigante estuvo removiendo todo el contenido, colocando papeles ante la luz, apartando el dinero, algunas joyas, documentos... Quince minutos más tarde, todo el contenido de la caja había sido examinado... sin que hubiese aparecido ninguna libreta, ni papeles con lista de nombres o escritos en clave que diera una solución.

Todavía durante cinco minutos más, aquellas fuertes manos estuvieron palpando el interior de la caja fuerte, buscando un fondo secreto, que no existía. Por fin volvieron a aparecer los pequeños alicates, que cortaron el hilo del interior, que habría hecho sonar la alarma al ser cerrada la caja. La puerta se cerró de nuevo, la cornucopia fue bajada después de que con un blanco pañuelo, el visitante borró toda posible huella de sus dedos... La luz de la linterna se apagó, todo quedó a oscuras, excepto la esfera luminosa de un reloj, que desapareció pronto.

El intruso salía del despacho poco después, por el sitio utilizado para entrar. Cerró la ventana, se colocó encima el blanco plástico y caminó hacia la verja, cruzando el jardín. Junto a la verja, se quitó de nuevo el plástico, lo sacudió, lo dobló hasta reducirlo al mínimo, y lo guardó en un bolsillo. Luego, tras asegurarse de que no pasaba nadie por el *boulevard*, se encaramó por las verjas con velocísima y ágil seguridad, y saltó al exterior, sin descomponerse, sin esfuerzo alguno. Un segundo después, caminaba rápidamente por la acera, con las manos en los bolsillos, encogidos los hombros.

Pronto cruzó el bulevar, hacia la otra acera; luego tomó por Rue Saint Dominique, bajó por Bourgogne, giró hacia la derecha por Rue de Granalle, y apareció ante la Esplanada des Invalides. Fue

directo hacia el gran «Dodge», metió la llave en la cerradura de la puerta, se sentó ante el volante... y otro hombre apareció, súbitamente, junto a él, apuntándole ostensiblemente con una pistola. El gigante lanzó un respingo y se quedó mirando, ya vencido el sobresalto, al recién aparecido.

—Señor Blondet —musitó—. ¡Me ha asustado usted! Oiga... ¿es una pistola eso que...?

—Abra la puerta de atrás, señor Hamilton.

—Oh, bien... Con gusto le llevaré adonde usted...

—No hable más. Abra. Y tenga cuidado si no quiere recibir un balazo en la cabeza.

Milton Hamilton se volvió, abrió por dentro la puerta trasera izquierda del coche y Jacques Blondet entró apuntando de nuevo, inmediatamente, a su nuca.

—Vámonos.

—¿Adónde, señor Blondet?

—A la fundición.

—¿Fundición? ¿Qué fundición?

—Usted la debe conocer muy bien, Hamilton. Y ahora, comprendo por qué Mimí Lacroix ha desaparecido, así como los hombres de Abu Ornan: usted ayudó a la chica Hamilton.

—Pero, señor Blondet, no sé de qué habla usted, ni he...

—Hamilton, ponga el coche en marcha ahora, o jamás podrá hacerlo. Y vamos a la fundición. ¿Está claro?

—Por supuesto —sonrió secamente Milton.

Maniobró, salió del aparcamiento y dio la vuelta, para tomar Boulevard des Invalides.

—Su presencia aquí es sorprendente ¿no cree, Blondet?

—Quizá. Aunque no tanto como la suya. Antes, cuando pasé con mi coche por aquí para llevar a mis amigos a sus hoteles respectivos, vi su coche estacionado. Lo reconocí enseguida, no por el modelo, sino por la matrícula. Eso me sorprendió, porque sé que usted vive en Rué Rivoli, me he enterado bien; no veo la necesidad de dejar el coche tan lejos de su domicilio y a este lado del Sena. Eso aparte de que, en el edificio donde vive, naturalmente, hay garaje. Decidí esperarle aquí a ver qué ocurría, y envié a mis amigos en un taxi a sus hoteles.

—Entiendo. Pero eso no significa nada...

—Usted venía del Boulevard Saint Germain... ¿Qué puede haber allí que le interese, hasta el punto de caminar sólo en la noche, dejando el coche lejos...? ¿Qué puede haber, Hamilton?

—Una mujer —sonrió el *playboy* mirando por el retrovisor.

—No... Oh, vamos, vamos... Es estúpido que se resista a ser sincero, Hamilton. Me dirá lo que quiero saber.

—¿Me obligará usted solo? ¿O nos están esperando sus amigos en la fundición?

—Ya le he dicho que los envié a sus hoteles. No quise alarmarlos. Pero por supuesto, tendremos que reunimos allá todos, incluido Philippe. Usted podrá decirnos muchas cosas. Por ejemplo: ¿cuál es el truco de la pitillera?

—Ah... ¿La encontraron?

—Sobre la mesa del despacho de Philippe. También se la olvidó usted en el restaurante «Beaudelaire» esta mañana. Tantos olvidos, y luego su coche cerca, me dieron mucho qué pensar.

—Es usted un hombre inteligente, Blondet. Más que Moutignon. Y lo digo sin ironía. Pues bien: basado en su inteligencia, vamos a hacer un trato. Su vida y el olvido de todo cuanto haya podido hacer, a cambio de la libreta de Philippe Moutignon.

—¿Libreta? ¿Qué libreta?

—La que tiene anotados los nombres de sus proveedores de armas en varios países, así como sus clientes, distribuidores, amigos, cómplices de todas clases, sistemas de transporte y entrega... Todo.

—¿Está loco? —rió Blondet—. ¿De veras piensa que Philippe es tan imbécil como para tener todo eso apuntado?

—¿No existe esa libreta?

—*Mon Dieu*... ¡Claro que no! ¡Usted es un ingenuo! ¿Acaso usted tendría una libreta semejante, si estuviera en el sitio de mi buen Philippe?

—Yo no, desde luego. Tengo una memoria excelente, y aparte, claro, sería una estupidez tener semejante libreta.

—¿Se da cuenta...? Oh, vamos, olvide esa libreta. Todo está en la cabeza de Philippe: es el mejor archivo que podría encontrar.

—Sin duda. En tal caso, será cuestión de convencer al señor Moutignon de que me proporcione esos datos de viva voz.

—¿Convencerlo? —volvió a reír Blondet—. ¿Cómo?

—Algún medio habrá.

—Olvídelo. No se deje engañar por el aspecto poco... deportivo de Philippe. Es duro como el acero. Jamás conseguiría usted doblégarle por ningún medio. Ni aunque le sacase los ojos.

—Yo he visto derretirse toneladas de acero, Blondet.

—Lo supongo. En sus grandes fundiciones de Pittsburgh, ¿no es así? Pero no conseguiría nada con Philippe. Le conozco bien.

—Parece que su buen Philippe es muy fiel a sus amigos.

—No, no... Usted no entiende nada, Hamilton. Philippe no guardaría silencio por lealtad a sus amigos de varios sitios, sino por perjudicarle a usted, por no darle completa la victoria.

—Ah... Entiendo eso muy bien. Por otra parte, parece que no voy a tener grandes probabilidades de volver a ver a Moutignon en condiciones favorables para mí... a menos que usted acepte mi trato.

—No hay trato. ¿Ayudó usted a la chica del «Moulin Rouge»?

—En efecto.

—¿Es cierto que ella trabaja para la

C. I. A.?

—Aproximadamente.

—En tal caso, usted también es un agente yanqui.

—Sorprendente, ¿verdad? —sonrió de nuevo Milton, gélidamente.

—Admito que sí. Le tomé por un pobre cretino, Hamilton.

—Lamento haberle desilusionado. Ya ve que de cretino no tengo nada. Pero usted sí. Por no aceptar mi trato, Blondet.

—No insista sobre ese punto. Dígame: ¿dónde están Nopoulos y Karfa?

—¿Los que molestaron a Mimí? En el horno de la fundición. Jacques Blondet palideció ligeramente.

—Les mató... Está bien. ¿Y esa Mimí, dónde está?

—Usted bromea, sin duda, Blondet. ¿Espera que se lo diga?

—Le... convenceremos de ello, ya verá.

—¿Supone que yo voy a ser menos resistente que Moutignon a ciertos argumentos de convicción? Puede que nuestro obeso y saludable amigo sea de acero, pero no de la misma calidad que yo.

—Ya lo veremos. Con lo del horno, me ha dado usted una gran idea, Hamilton... Ya veremos de qué clase de acero es usted.

—Del que se funde, Blondet... pero no se dobla.

—¿Bajo a abrir las puertas?

—No —negó el permiso Blondet—. Simplemente, acerque su coche despacio, y vaya empujándolas. Siempre están abiertas, de modo que podremos pasar sin apearnos. Y no se preocupe de su coche: irá a parar también al horno. No va a quedar ni rastro de usted.

—Siempre queda rastro de un buen soldado —dijo fríamente Milton.

Fue empujando la doble puerta metálica con el morro del coche, hasta entrar en el gran solar lleno de montañas de viejos coches, que delimitaban el camino hacia el gran almacén donde estaba el horno de fundición.

—Encienda las luces largas por dos veces —ordenó Blondet.

Hamilton obedeció y casi en seguida, vio aparecer al hombre de la noche anterior. Segundos después, detenía el coche ante la entrada al almacén. Blondet se apeó y abrió la portezuela de Milton.

—Salga con las manos en la nuca, Hamilton.

Milton obedeció, mientras el vigilante se acercaba más, con el ceño fruncido. La pequeña luz de la puerta iluminaba en un tono azulado, al reflejarse en la nieve que caía, los troncos de los tres hombres.

—¿Quién es? —preguntó.

—El hombre que te golpeó anoche —sonrió Blondet.

—¿Sí? Pues tendré que preguntarle cómo lo hizo, de dónde salió y cómo es posible que yo no le viera...

—Quizá es un fantasma. Vas a llamar a *Monsieur* Moutignon: dile que él y los otros tres vengan cuanto antes a la fundición.

—Está bien... ¿Así que este gigante es el que me sacudió anoche? Pues tengo algo para él...

Sin más aclaraciones, golpeó a Milton en pleno estómago, con toda la fuerza de su puño derecho. Un golpe que Milton Hamilton encajó sin pestañear, sin moverse siquiera, tan sólo tensando los músculos de su estómago.

—Es altanero el amigo, ¿eh? —Gruñó el vigilante—. Veremos si este otro golpe le humilla un poco...

Lanzó un ferocísimo puntapié entre las ingles de Milton, en un

ataque capaz de fulminar a cualquier hombre... si le acertaba, por supuesto. Pero no acertó. Milton Hamilton se limitó a colocarse de lado, bajó las manos, asió el pie derecho del vigilante, le obligó a subir aún más la pierna girando, le encajó a su vez un punterazo espantoso entre la ingles, que alzó al hombre aullando y le tiró de espalda contra Jacques Blondet, que había abierto la boca dispuesto a ordenar al hombre que abandonase su imprudentes deseos de venganza personal.

No llegó a tiempo.

El vigilante chocó contra él, le hizo retroceder tambaleándose y cuando recuperó la estabilidad y quiso apuntar con la pistola a Hamilton, la mano diestra de éste aferraba ya su muñeca derecha, mientras la izquierda iba hacia la pistola, que arrancó de un tirón. Acto seguido, el codo derecho iba hacia atrás, golpeando a Blondet en plena boca, derribándole. Como un rayo, Jacques Blondet se puso en pie, dio media vuelta y echó a correr hacia las pilas de coches.

Milton Hamilton alzó la pistola y disparó con sobrecogedora indiferencia.

Chop.

Blondet emitió un alarido, dio un salto y cayó de bruce sobre la delgada capa de nieve, quedando inmóvil, con un balazo en la nuca. El *playboy* se interesó entonces por el vigilante, que yacía de cara al blanco cielo helado, con lo ojos abiertos, con algunos copos ya sobre ellos. Le tomó una muñeca, buscó el pulso y frunció el ceño.

CAPÍTULO IX

EN su sueño, Philippe Moutignon había oído el teléfono, en alguna parte. Pero pronto dejó de sonar, así que, tras la ligera perturbación, volvió a sumirse en las brumas del descanso... hasta que, no podía saber cuánto tiempo más tarde, oyó las llamadas a la puerta de su dormitorio y una voz que le llamaba... Se sentó en la cama, encendió la luz y se quedó mirando, medio dormido, hacia la puerta.

—¿Sí? —Autorizó.

La puerta se abrió y apareció el mayordomo, en pijama y bata, tan dormido como su amo.

—Perdón, señor —murmuró—. Acaba de llamar *Monsieur* Blondet y me ha ordenado que le pase con urgencia el recado...

—¿Qué recado? —Se sobresaltó Moutignon, despejándose completamente.

—Dice que usted y los tres invitados de esta noche deben ir cuanto antes a la fundición de Charenton, señor.

—¿Para qué? ¿Qué ha pasado?

—Lo ignoro, señor. *Monsieur* Blondet no me ha dado más explicaciones. Hablaba en voz baja, como... en susurros, señor. Y parecía muy preocupado. No sé más, señor.

—Está bien. Gracias... Vuelva a dormir, Robert.

—Si el señor quiere que le prepare el coche, o...

—No, no. Yo me las arreglaré. Es todo.

—Buenas noches, señor.

El mayordomo desapareció y Philippe Moutignon, tras unos segundos de hipnótica incertidumbre, de desconcierto, saltó de la cama a toda prisa definitivamente olvidado de su sueño.

Abu Ornan fue quién se apeó del coche de Philippe Moutignon para empujar la doble puerta de hierro, esperó a que el coche entrase en el solar, cerró las puertas y volvió a meterse en el auto, junto a Moutignon, que conducía.

—¡Maldita nieve! —farfulló Oman—. ¡Odio venir a París en este tiempo!

Moutignon no le hizo el menor caso. Conducía muy cuidadosamente, temeroso de que el coche resbalase sobre la capa de nieve que tenía ya no menos de cuatro o cinco centímetros. Encendió por dos veces las luces largas del coche, y su rostro se ensombreció al no ver aparecer al vigilante. Segundos después, detenía el coche delante de la entrada. El ambiente no podía ser más tétrico y escalofriante bajo la solitaria bombilla de la fachada.

—Será mejor que preparéis las pistolas —musitó Moutignon—. Jacques debe tener dominada la situación, pero...

Salieron los cuatro y entraron en el almacén-fundición. El único que iba desarmado era Moutignon, que se quedó mirando, cada vez más inquieto, la vacía cabina del vigilante, que tenía la luz encendida. Entró en ella y tomó una de las linternas que había sobre el tablero de anotaciones. Salió y miró hacia el fondo, donde sólo se veía el ligero resplandor del horno, que escapaba por la mal cerrada puerta metálica. Los demás miraban en vano a todos lados, listas las pistolas. Tampoco estaban muy tranquilos.

—¡Jacques! —llamó Moutignon—. ¡Jacques...! ¿Dónde estás?

No hubo respuesta.

Lentamente, los cuatro comenzaron a caminar hacia el fondo. Moutignon repitió un par de veces la llamada, sin obtener respuesta... Y de pronto, un claxon comenzó a sonar, fuertemente, provocando en los cuatro hombres un brutal sobresalto y poco menos que un alarido de Philippe Moutignon.

—¡Jacques! —chilló—. ¿Qué estás haciendo? ¿Dónde estás?

El claxon seguía sonando fuertemente, atronando el almacén, haciendo vibrar los nervios de los cuatro hombres. Aunque a ellos les parecía que se oía en todo el mundo, no era cierto; el claxon solamente debía oírse en la fundición.

Moutignon movía rápidamente la linterna, pero sólo iba iluminando coches viejos, aplastados, evidentemente, alguno de ellos tenía todavía el claxon en buenas condiciones, por algún

auténtico milagro, y se había disparado solo...

—Viene de ahí arriba, —señaló con la pistola Abu Ornan—. Será mejor que lo pare. Ayúdame, Norman.

Moutignon les iluminó el camino por encima de los coches apilados, y los dos subieron ágilmente hasta llegar al coche que estaba arriba de todo. Abajo, Nabato y Moutignon esperaban, éste último lanzando ahora el rayo de luz al cristal parabrisas del viejo coche... Vieron a Abu Ornan abrir la portezuela y dos segundos después el claxon dejó de sonar. Abu sacó la cabeza del coche, e hizo una señal.

—Suba, Moutignon —dijo roncamente.

El francés y el africano escalaron también los coches. Cuando llegaron arriba. Ornan tomó la linterna y señaló el asiento delantero del auto cuyo claxon había estado sonando. Moutignon respingó, bruscamente pálido. Allá, sentados, estaban el vigilante de noche y Jacques Blondet, el primero con los ojos abiertos, brillantes como cristales.

—Blondet estaba caído sobre el volante —explicó con voz tensa Abu— y hacía sonar el claxon con la cara.

—¿Está muerto? —jadeó Moutignon.

—Los dos están muertos, desde luego —murmuró Norman Folk, asomándose al interior del coche por la otra portezuela.

Nabato señaló hacia abajo.

—Lo extraño es que si el claxon ha sonado...

Ya no dijo nada más. En algún lugar de la gran nave se oyó un seco, apagado «chop» y Jefferson Nabato emitió un grito, dio un salto hacia arriba como si algo fuera a suspenderle del techo y en el acto cayó rodando hacia abajo, por encima de los coches.

Chop.

Abu Ornan lanzó un alarido brevísimo; su cabeza estalló en un surtidor de sangre y masa encefálica ante los ojos de Moutignon, manchándole el rostro. El espanto fue tal para el francés que, al querer evitar aquello perdió pie, y cayó rodando por sobre los coches, seguido del cadáver de Abu Ornan, que finalmente abajo, le cayó encima, cara con cara, arrancando otro grito de espanto a Moutignon.

—¡Norman! —aulló.

—¡Cállese y escóndase entre los coches! —replicó secamente el

norteamericano.

Moutignon gateó hasta llegar a un hueco y se metió en él, temblando de espanto. La linterna, por supuesto, había escapado de la mano de Abu Ornan, se había introducido entre varios coches y ahora brillaba entre un montón de ellos; imposible alcanzarla sin remover algunas toneladas de hierro viejo.

—Norman —jadeó Moutignon.

—Cállese... Vea si encuentra la pistola de Abu o de Nabato.

Con manos temblorosas, Moutignon comenzó a palpar el suelo. La probabilidad de encontrar una de las armas era muy escasa, sin embargo. Metido entre un montón de chatarra, a oscuras, estremecido de terror, Philippe Moutignon empezó a considerarse ya tan muerto como el vigilante nocturno, como Jacques Blondet, o como Abu Oman y Jefferson Nabato... y como los dos hombres de Ornan que el día anterior habían desaparecido.

¿Contra qué o contra quién estaban luchando?

No se veía nada, no se oía nada...

Afuera, sólo se vio una sombra, saltando por una de las ventanas del almacén. Una sombra negra, gigantesca, que luego fue saltando con la agilidad y seguridad de un tigre por encima de los viejos coches desechados, alejándose del almacén. Llegó el final de la gran pila de autos, saltó al suelo, y segundos después saltaba la tapia de la fundición, cayendo silenciosamente, majestuosamente, en la solitaria calle. Se alejó de allí, sin prisas, sin preocuparle en absoluto la nieve que continuaba cayendo. Tres calles más allá, se la sacudió con algunos manotazos, abrió la puerta del «Dodge» se metió en él y se alejó.

CAPÍTULO X

MIMI Lacroix se acercó a la puerta, en la mano la pistola que Milton Hamilton la había dejado. Se colocó a un lado, en silencio, conteniendo la respiración. No había encendido ninguna luz; no pensaba dar señales de vida mientras no fuese absolutamente necesario...

Pero la suave llamada volvió a repetirse y por la juntura de la puerta llegó una voz inconfundible.

—Soy yo, Mimí. Abre.

Apenas pudo contener un grito de alivio, de alegría. Abrió la puerta sin encender la luz, vio entrar la gigantesca silueta, y sólo entonces, tras cerrar la puerta dio la luz.

—Señor Hamilton...

—Milton solamente, Mimí —recordó el *playboy*— ¿Todo bien por aquí?

—Sí... Sí, todo bien.

—Espléndido. Vamos al dormitorio.

Hamilton apagó la luz del saloncito-recibidor, fueron al dormitorio, cerró la puerta y encendió la luz de allí. Sacó la pitillera, desprendió de ella el diminuto aparato grabador, lo puso en marcha y lo entregó a Mimí.

—Quiero que escuches bien esto mientras yo hago algunas cosas, Mimí. Tienes derecho a saber cómo está el asunto.

Ella se sentó en la cama, acercó el aparato a su oído y, mientras escuchaba, miraba a Hamilton, que había abierto el armario. Para sorpresa de la muchacha, descubrió un doble fondo lleno de objetos metálicos, fundas de lona, cajas de cartón... Sacó una de las fundas de lona, una caja de cartón, uno de los objetos metálicos y lo dejó todo sobre la cama. De la caja de cartón sacó una docena de gruesos

proyectiles... Balas de rifle, a juicio de Mimí, que no sabía qué era más interesante, si lo que hacía Milton o lo que estaba escuchando.

Tras guardarse los proyectiles, Milton sacó dos piezas de la funda de lona y las unió, formando un magnífico rifle con mira telescópica acoplada; una vez ensambladas las piezas, escuchó el sonido de los mecanismos, lo disparó en vacío y asintió con la cabeza, complacido. Lo volvió a desmontar y a guardar en la funda de lona.

Por último, se dedicó al aparato metálico, del cual separó lo que parecía un encendedor, con dos botones que sobresalían por un lado. También probó su funcionamiento, que asimismo le satisfizo.

Guardó la caja de cartón con el resto de los proyectiles, sacó un papel muy doblado del escondrijo, y cerró el doble fondo.

Se sentó en un silloncito, encendió un cigarrillo y esperó a que Mimí Lacroix terminase su interesantísima audición. Cuando ella le miró muy abiertos los ojos por la admiración, Milton musitó:

—¿Lo has entendido todo?

—Sí. Mezclados en una flota pesquera libia hay tres pesqueros que llevan armas procedentes de Estados Unidos. Esos barcos son el «Grandeur», el «Morocco» y el «Solsenat» y están navegando frente a las costas de Libia. Con la explicación que dan estos hombres, llamados Abu Ornan, Jefferson Nabato, Norman Folk, Jacques Blondet y Philippe Moutignon, hay suficiente para entenderlo todo... y para detenerles a ellos.

—¿Detenerles a ellos? Eso no interesa lo más mínimo al F. B. I.,

Mimí. Además, en estos momentos, sólo quedan vivos Moutignon y Norman Folk. Y eso, porque a mí me conviene.

—¿Ha... ha matado... a los demás?

—Desde luego. ¿Puedes ponerte en contacto con nuestro jefe de la *post-liaison* de París en menos de una hora?

—Sí... Pero si el asunto no es urgente...

—El asunto es urgentísimo —dijo Milton, secamente—. Y además es una orden mía, que nuestro jefe atenderá en todos sus puntos. Se lo dirás así de claro. ¿Entendido?

—Sí... Sí, señor.

—Bien. —Milton desdobló el papel muy doblado, que resultó ser un mapamundi y señaló el Mediterráneo, por encima de la costa de

Libia—. La flota pesquera libia debe estar por estas aguas. Dile al jefe que se ponga en contacto por radio con el Norte de África, con nuestro punto de allá que pueda disponer antes del amanecer de un avión y media docena de bombas de no demasiada potencia. Tiene que ser el punto más cercano a la flota pesquera libia. Un avión con esas bombas, saldrá hacia el Mediterráneo, localizará los pesqueros y hundirá tres de ellos: naturalmente, el «Solsenat», el «Grandeur» y el «Morocco». Eso antes del amanecer. ¿Entendido?

—Sí, pe... pero... hundir esos tres barcos será... muy espectacular... Se les podría detener...

—Mimí, esos barcos transportan armas fabricadas en Estados Unidos. Armas sin marca del fabricante ni número de serie. Ahora, supongamos que por tontas consideraciones, esos pesqueros se nos escapan con las armas y que por cualquier mala circunstancia, caen en poder de los egipcios. Piensa en lo que esto significaría. Punto uno: Los egipcios acusarían a Estados Unidos de estar proporcionando bajo mano armas a Israel, además de las que se envían abiertamente; porque, claro, pensarían que esos pesqueros iban hacia Israel. Punto dos: los egipcios no piensan nada, pero con esas armas libran combates contra los israelitas, que, oficialmente, son amigos de los norteamericanos. Punto tres: tras una escaramuza, algunas de esas armas que han estado utilizando los egipcios, caen en manos de soldados o guerrilleros israelitas; las examinarán, sabrán que han sido fabricadas en Estados Unidos, y se preguntarán: «¿cómo es posible que los egipcios tengan armas de nuestros amigos yanquis?». ¿Quieres más explicaciones?

—No —tragó saliva Mimí—. No señor.

—Entonces, que hundan esos tres pesqueros. Primero, que avisen a la tripulación para que salte al mar, y sean recogidos por los demás pesqueros que se alejarán. Si no quieren obedecer, peor para todos. Por supuesto, que nuestros compañeros del Norte de África utilicen un bombardero fantasma, que no pueda ser identificado. Le dirás eso a nuestro jefe. ¿Bien?

—Sí.

Milton miró su reloj.

—Te irás ahora mismo y volverás aquí cuanto antes...

—Pero si voy allá, querrán que me quede...

Milton la miró fríamente.

—He dicho que volverás aquí. Y aquí estarás hasta nueva orden mía. Mañana... Es decir, hoy ya, pues es la una y media de la madrugada, llamarás al domicilio de Philippe Moutignon y dirás que quieres hablar con él personalmente, en su despacho, en un lugar donde la conversación sea privadísima. Exige comunicación con él, aunque sea diciendo que es cuestión de vida o muerte para Moutignon... Haz lo que quieras, con tal de que él vaya a su despacho.

—Bien. ¿A qué hora llamo?

—Entre las siete y siete y cinco de la tarde.

—¿Qué le digo a Moutignon?

—Dile que su hora ha sonado, que antes de cinco segundos él habrá muerto. Y cuelgas en seguida.

—¿Lo va usted a matar?

—¿Matarle? Sería una estupidez... ¿De dónde sacaste que él tiene una libreta con todos los nombres que interesan?

—Me lo dijeron mis enlaces... El informe llegó al

F. B. I.

—Era un informe falso. En cuanto a Moutignon, no puedo matarle hasta que me diga todo lo que necesitamos saber; parece que es un hombre duro de convencer, pero le voy a sumir en tal estado de terror que cuando yo quiera me lo dirá todo. Por el momento, sin embargo, informa al jefe de que no existe tal libreta y de mis instrucciones respecto a los pesqueros. Ya puedes irte.

Mimí se quedó mirando aquellos ojos de tonalidad acerada, en los cuales le había parecido ver una chispa de simpatía, de diversión.

—¿Y usted? —susurró.

—Yo tengo que acabar de preparar este aparato —señaló la caja metálica— y aún deberé volver a la casa de Moutignon, para dejárselo como un obsequio personal. Luego, me iré a dormir: mañana me espera un día muy agitado.

CAPÍTULO XI

PHILIPPE Moutignon despertó bruscamente, casi dolorosamente, tras unas pocas horas de mal sueño agitado. Se sentó en la cama, y se quedó mirando, desencajado el rostro, a Norman Folk, que había irrumpido en su dormitorio con muy bruscos modales... y mostrando un rostro no menos desencajado que el de Moutignon.

—Norman —jadeó éste—. ¿Qué ocurre ahora?

Folk le tiró el periódico sobre la cama sin contestar. Moutignon lo abrió, miró la primera página, y su rostro quedó tan blanco como las sábanas. Los titulares decían:

CRIMINAL Y ENIGMÁTICO ATENTADO FRENTE A LAS COSTAS DE LIBIA

Tres pesqueros libios hundidos en alta mar con bombas arrojadas por un avión que no pudo ser identificado.

Bengasi, 30 (Crónica por teléfono de nuestro corresponsal). A las cuatro menos veinte minutos de esta madrugada, un avión desconocido apareció sobre la flota pesquera que...

Cuando Philippe Moutignon alzó la cabeza, su rostro ya no podía parecerse más al de un cadáver. Folk se había sentado en un sillón y le miraba fijamente, aún demudado.

—¿Qué vamos a hacer? —musitó.

—No sé... ¡No sé qué vamos a hacer! —estalló Moutignon—. ¡No entiendo esto!

—¿No lo entiendes? Pues es bien sencillo: estamos descubiertos, Moutignon.

—Sí... ¡Sí, eso es evidente! Pero... ¿por qué no han venido a por mí? ¿Quién dirige todo esto? ¡No lo comprendo!

—Ni yo. Lo que sí comprendo, es que tanto usted como yo estamos controlados, Moutignon. Quiero marcharme de París.

—Está bien. Como ya tiene el pasaje para el vuelo de...

—No, no, no... Usted no lo entiende. No voy a ir a Orly como un estúpido, a tomar un vuelo público. Quiero que me preste su avión privado, Moutignon.

—Pero es sólo una pequeña avioneta...

—La he visto varias veces. Tiene hasta saloncito para juntas, y yo no necesito tanto. Sólo un vehículo privado, que me lleve bien lejos de París. ¿Puedo contar con ella?

—Está bien... Llamaré a André, mi piloto y le diré que nos espere en Le Bourget, que es donde tengo la avioneta... ¿Qué hora es?

—Las nueve y media.

—Bien... Podrá usted salir hacia las diez y media, quizá antes. Voy a llamar a André, me vestiré, e iremos allá. Le diré que coloque la avioneta en una pista despejada... No se preocupe. Norman: usted podrá escapar.

—Gracias —suspiró Folk—. ¿Y usted?

—No sé. Tengo que pensar en esto... En todo. Ayer quemamos en la fundición los cadáveres de los demás. Hoy tendré que simular que no sé nada sobre Jacques, ni sobre el vigilante... Voy a estar ocupado...

—Sería mejor que también escapase, Moutignon. No sé lo que pasa en realidad, pero todo tiene unas características espeluznantes. Ya sabe que no soy un hombre cobarde, pero lo que está sucediendo me tiene destemplado. Lo de anoche, en la fundición, fue satánico... Estuvimos más de dos horas allá inmóviles, esperando un ataque que no se produjo. Mis nervios...

—Está bien, está bien. Usted márchese y yo tomaré mis propias decisiones. Voy a llamar a mi piloto, para que nos espere con el aparato listo... Espero que no haya impedimentos meteorológicos para volar...

—Hace un tiempo más tranquilo —murmuró Folk—. No me sorprendería que saliera el sol. El día es frío, pero eso no importa. Lo que importa es llegar cuanto antes a Le Bourget.

Habían dejado el coche de Philippe Moutignon en el estacionamiento. Allá les estaba esperando el piloto, André; un tipo alto, de rostro oscuro y malignos ojos pequeños, que aseguró que todo estaba en orden para salir inmediatamente.

Los tres entraron en la pista donde se veía la avioneta, de buena planta, nueva, pintada de blanco y azul. Caminaban deprisa, especialmente Norman Folk, que parecía no tener fuerzas ni para llevar su propia maleta, que habían recogido en el hotel al pagar la cuenta. Nada de líos innecesarios.

Llegaron junto a la avioneta y André abrió la portezuela y estiró la blanca escalera plegable de blanco plástico. La posibilidad de que saliera el sol se había esfumado y el día amenazaba nuevamente nieve; un día gris casi blanco sombrío... tétrico.

—Suban —dijo André.

Moutignon señaló la entrada a Folk y éste comenzó a subir. Moutignon lo hacía detrás, mirando inquieto a todos lados. Pero su vista no era lo suficientemente buena para ver al hombre que, dentro de un «Dodge» con una ventanilla bajada, estaba apuntando un rifle con silenciador hacia la avioneta.

Lo único que vio Philippe Moutignon al mirar de nuevo hacia delante y arriba, fue el breve salto que efectuó Norman Folk hacia el interior de la avioneta, con una brusquedad inusitada, innecesaria. Y al mismo tiempo, oía junto a su oído derecho un seco chasquido... Lo último que oyó, fue el gemido de Norman Folk, que quedó tendido de bruces dentro de la avioneta, en el corto pasillo de entrada.

—¿Qué ocurre? —preguntó André—. ¿Qué ha sido eso?

Subió precipitadamente detrás de su jefe, uniéndose a él cuando Moutignon ya tenía la mirada fija, como hipnotizada, en la mancha de sangre que había en la espalda de Norman Folk.

—¿Qué ha pasado? —exclamó André, atónito.

—Vámonos de aquí, —jadeó Moutignon—. ¡Vámonos de aquí, inmediatamente, André!

—Sí, señor... ¿Está muerto?

—Creo que sí.

—Pero ¿cómo?

—¡No hagas más preguntas y vámonos! —chilló Moutignon.

El piloto corrió a los mandos y poco después, la avioneta

despegaba llevando en su interior un cadáver todavía caliente y un hombre vivo que estaba mucho más frío que el cadáver, más pálido, más desencajado su rostro. Por el momento, el piloto conservaba la serenidad, de modo que miró expectante a su jefe, esperando instrucciones. Porque evidentemente, había que hacer algo concreto...

—¿Qué hacemos, señor?

—Sigue volando —murmuró roncamente Moutignon—. Hacia el mar. Tiraremos allá el cadáver de Folk.

—Sí señor... ¿Adónde iremos luego?

—¡No lo sé! ¡Estaremos volando todo el día!

—Muy bien. Le avisaré cuando quede el combustible suficiente para volver... ¿O no hemos de volver a París, señor?

Philippe Moutignon quedó silencioso, tan asustado que sus manos temblaban violentamente. ¿Volver a París? Sí... Tendría que volver, ciertamente. Regresarían cuando fuese de noche, iría a su casa, tomaría algo de dinero y volvería con sus hijas a tomar la avioneta, para marcharse muy lejos durante una temporada.

De buena gana habría desechado el proyecto de volver, pero no podía dejar solas a sus hijas, sin una explicación... Eso, no. Cualquier cosa menos abandonar a Monique y Colette... Las recogería y se irían lejos... Muy lejos.

Estaba absolutamente aterrorizado. ¿Quién estaba haciendo aquello con él?

CAPÍTULO XII

MILTON Hamilton abrió la puerta del estudio de Montmartre, entró cerró tras él rápidamente, con el gesto de quien está pasando frío y se quedó mirando a Monique, sonriente... No. No era Monique. Era Colette. A él no podían desconcertarle las hermanas gemelas. Sabía muy bien que aquélla era Colette.

Sin embargo, saludó sonriente:

—Hola, Monique.

—Llegas muy tarde —musitó la muchacha.

—Lo lamento. Quise venir antes, pero me llamaron desde Estados Unidos y he tenido que resolver un par de asuntos. Perdóname.

—No importa —sonrió crispadamente ella—. Lo importante es que has venido.

Apenas había acabado Milton de quitarse el abrigo cuando la muchacha se abrazó a él, cerrando los ojos, ofreciéndole los labios. ¿A qué estaban jugando las hermanas gemelas? ¿Se lo estaban pasando de una a otra, como si fuese una pelota, como si pudieran burlarse de él? La besó largamente, acariciándola, haciéndola vibrar de un modo intenso, estremecido, ansioso. Por fin, la apartó, y se quedó mirándola cariñosamente.

—¿Dónde está Colette? —musitó.

—Ella... tuvo que hacer cosas... en París. Milton, por favor...

Colette miraba a Milton mientras éste encendía un cigarrillo. Luego él se sentó y la miró, sonriente.

—¿Estás contenta, Colette? —se interesó.

—¡Mucho! ¡Tanto que...! ¡Oh!

—¿Qué pasa? ¿Te ha sorprendido algo?

—Oh, yo... yo soy Monique...

—Vamos, vamos, pequeña... No soy tan tonto como parezco.

—Milton, no te enfades...

—¿Enfadarme? ¡De ninguna manera, jovencita!

—Monique y yo lo planeamos así. Nos gustas tanto a las dos...

—Es fantástico... ¡Pero si estoy encantado! Sois dos hermanitas deliciosas, que queréis compartir todo lo bueno de la vida... ¡Qué gran amor fraternal!

—¿De verdad no estás enfadado?

—Hijita, claro que no. ¿Por qué motivo? Encuentro a dos preciosidades que les gusta vivir, obtener todo lo que quieren sea como sea... ¿Cómo voy a enfadarme?

—¿Qué vamos a hacer ahora? —sugirió Monique.

—Supongo que tendré que cumplir mi promesa —sonrió Milton.

—¿Qué promesa?

—Llevaros a los tres a la fiesta de despedida de los Condes de Fowler. Es hoy a las ocho. De modo que vamos a vestirnos ya, e iremos a buscar a papá.

—¿Nos vas a llevar a una reunión de... de la auténtica alta sociedad? —se excitó deliciosamente Monique.

—Por supuesto. Si vamos a seguir juntos algún tiempo, no puedo manteneros apartadas de mis amistades. Conoceréis a gente muy importante. La auténtica alta sociedad internacional, como vosotras decís. ¿Os parece mal?

—¡Pero si es maravilloso! ¡Hace mucho tiempo que papá está intentando introducirse en ese círculo social, sin conseguirlo! ¡Y lo vamos a conseguir gracias a ti! Milton, ¡eres el ser más maravilloso del mundo!

—Gracias, gracias, mis pequeñas queriditas... Y ahora, vamos a ponernos en marcha.

Milton se puso en pie y estiró sus miembros, haciendo resaltar una musculatura que dejó hechizadas a las dos jovencitas.

—Pareces, pareces un tigre —susurró Monique.

—No, tanto... un león —corrigió Colette.

—Y vosotras sólo sois unas gatitas perversas —rió Milton—. No perdamos más tiempo. Os llevaré a vuestra casa. Os dejaré allí para que os arregléis y mientras tanto, yo también iré a cambiarme de ropa, para pasar a recogeros hacia las siete y media más o menos. ¡Vamos, niñas!

—¡Qué contento se pondrá papá! —exclamó Monique.

CAPÍTULO XIII

PAPA Moutignon no estaba precisamente contento y todos pudieron darse perfecta cuenta de ello. Su rostro estaba desencajado, parecía muy nervioso y la noticia de llegar a introducirse al fin en la alta sociedad internacional no mereció la atención que sus hijas habían esperado.

—Lo lamento —dijo, tras negarse a aceptar la invitación de Milton.

—Pero ¿por qué, papá? —exclamó Monique—. ¡Siempre hemos querido conseguir eso y ahora Milton...!

—No puede ser, Monique. Nos vamos de viaje los tres. Yo ya tengo preparado mi equipaje. Será mejor que subáis a preparar vuestras maletas. No las llenéis demasiado.

—Espero que no esté en algún apuro, señor —murmuró Milton—. Pero si es así, le aseguro que puede contar conmigo. Para lo que sea.

—Es usted un buen muchacho, Hamilton —intentó sonreír Moutignon—. Y me alegro mucho de haberle conocido, de veras. Pero no ocurre nada grave; sólo que tengo que marcharme y necesito a mis hijas conmigo.

—¡Pues yo no quiero marcharme ahora de París! —protestó Colette.

—Ni yo —aseguró Monique.

—Tenéis que venir conmigo —dijo secamente Moutignon—. Y no esperéis más explicaciones, por el momento. Estoy seguro de que Hamilton es más comprensivo que vosotras.

—Bueno, en realidad yo no entiendo esta marcha súbita —murmuró Milton— pero sé muy bien que cada cual tiene siempre sus motivos para hacer las cosas. Y por supuesto, no pienso

entorpecer sus decisiones, señor Moutignon, así que me iré. Son las siete de la noche y si quiero estar con los Fowlder a las ocho, debo ir a casa, cambiarme... Buenas noches. Adiós, queriditas...

—¡No! —gritó Monique—. ¡Nosotras no nos vamos!

—Monique —dijo roncamente su padre— es la primera vez que os pido algo, y tengo derecho a... —Sonó el teléfono en el salón y todos le miraron; emitió un segundo timbrado, pero no el tercero y Moutignon, tras unos segundos de indecisión volvió a mirar a sus hijas—. Tengo derecho a pedir algo alguna vez, Monique...

—Pero esto es injusto, papá. ¡Precisamente cuando mejor...!

—Te entiendo... Te entiendo, hijita, de verdad... Pero por una vez, tendréis que obedecerme vosotras a mí —intentó sonreír—. Sabéis muy bien que he sido siempre vuestro esclavo, os he dado todos los caprichos, mi único afán ha ido que tuvieseis una vida feliz, a costa de la que fuese... ahora, sólo os pido que vengáis conmigo. ¿Es demasiado pedir?

—Pero ¿por qué hemos de ir? —protestó Colette.

—Porque os lo pido yo. Es la primera cosa que os pido... ¿Sí, Robert?

Todos se volvieron hacia el mayordomo, que había aparecido en la puerta del salón.

—Una dama al teléfono, señor. Dice que desea hablar urgentemente con usted.

—¿Quién es?

—No lo ha dicho, señor. Pero asegura que es una cuestión importantísima y pide que reciba usted la llamada en su despacho.

Philippe Moutignon vaciló visiblemente. Pero, en definitiva, ¿qué podía perder por contestar aquella misteriosa llamada? Por el contrario, quizá ganase algo. Quizá se enterase de cosas que pudieran ayudarlo... Se dirigió hacia la puerta del salón y allá se volvió, mirando a sus hijas.

—Os ruego que subáis a buscar vuestras cosas. Os estaré esperando aquí o en mi despacho.

Salió del salón y Milton Hamilton metió la mano izquierda en el bolsillo de aquel lado del pantalón, empuñando con sus dedos el pequeño emisor de ondas especiales. Mimí Lacroix había cumplido muy bien su arte. Ahora le tocaba a él.

—No pienso marcharme —murmuró Colette—. ¡Milton, tienes

que convencer a papá!

—Bueno... No sé, Colette. Comprende que no soy quién para...

—¡No queremos separarnos de ti! —exclamó Monique.

—Lo comprendo, pero yo no puedo molestar a vuestro padre con una petición semejante. Está bien claro que él tiene motivos poderosos para llevaros.

—¡No es justo lo que hace!

—Quizá cuando os dé una explicación lo comprendáis mejor. Por mi parte, haría cualquier cosa para que os quedaseis en París, pero no tengo derecho a...

Apretó el botón del pequeño aparato y, al instante, hasta el salón llegó una explosión apagada y un grito. El primero en mostrar un lógico sobresalto fue el propio Milton, que alzó vivamente la cabeza, como asustado. Monique y Colette lanzaron sendos gritos de susto y todos se quedaron mirando hacia la puerta... Milton echó a correr de pronto, saliendo del salón, seguido por las dos hermanas. En el gran vestíbulo, el mayordomo corría también hacia el despacho de Moutignon, con dos de las sirvientas, todos asustadísimos. Por la puerta del despacho salía una espesa nube de humo negruzco y por entre ella, apareció Philippe Moutignon, tambaleándose, con las manos, el rostro y las ropas ennegrecidas y éstas últimas algo deterioradas.

—¡Papá! —gritaron las gemelas.

Todos se abalanzaron hacia él, solícitos, sosteniéndole. Moutignon abría la boca, pero no conseguía pronunciar una sola palabra. De pronto, comenzó a temblar violentamente y habría caído de rodillas si Milton y el mayordomo no le hubieran sostenido.

Le llevaron de nuevo al salón y Milton miró a una de las criadas, señalando el bar.

—Coñac —musitó—. ¡Pronto!

Le sentaron en un sillón y poco después, tras beber el coñac reaccionó lentamente. Monique le limpiaba aquella capa negra que ocultaba su rostro y éste iba apareciendo, lanco como la nieve.

—Papá... Papá, ¿qué ha pasado?

—Una... una bomba en... en mi despacho...

—Una bomba —murmuró Milton—. ¡No puede ser! —Avisaré inmediatamente a la policía— dijo el mayordomo.

—¡No! —gritó Moutignon—. ¡Nada de policía, Robert! —Pero señor...

—¡He dicho que nada de policía! ¡Y lo mismo digo a todos los demás!

—Señor Moutignon —murmuró Milton— comprenda que...

—¡No quiero que venga la policía! Es una orden para todos los de esta casa. En cuanto a usted, Hamilton, si en verdad comienza a sentir amistad por los Moutignon, le ruego que... que no haga el menor comentario sobre esto, a nadie.

—Bien... No sé... Si en verdad ha explotado una bomba en su despacho, está claro que se trata de un atentado, señor Moutignon. En tales circunstancias, lo mejor sería dar aviso a la...

—Se lo ruego... ¡Por favor, Hamilton, olvide lo ocurrido! ¡Todos deben olvidarlo! Robert, vayan a mi despacho y límpienlo todo. Nadie debe enterarse de nada. Durante mi ausencia, compren muebles nuevos, restitúyanlo todo... ¡Debe quedar como antes!

—Como ordene, señor —musitó el atónito mayordomo.

Se retiró, con las dos criadas, y ordenando al resto de la servidumbre que había acudido, que se alejasen de allí, que volvieran a sus ocupaciones.

Moutignon miró a sus hijas.

—Id a buscar vuestras cosas —murmuró.

Monique y Colette estaban tan asustadas que no sabía qué hacer. Milton las miró y les hizo un gesto de complicidad, señalando la puerta con la barbilla. Las dos salieron del salón, de modo que quedaron solos Moutignon y el *playboy*. Éste acercó un sillón, sentándose delante del francés, mirándole fijamente.

—Está claro que alguien quiere matarle, señor Moutignon... ¿Por qué? Y... ¿es eso lo que le tiene tan asustado? ¿Por eso quiere irse de París?

—Esto... no es asunto suyo, Hamilton.

—Ciertamente que no... por ahora. Sólo espero que mi amistad con usted no me ocasione problemas. Pero, además quisiera ayudarle, si es posible. O ayudar a sus hijas.

—¿A mis hijas?

Philippe Moutignon había respingado fuertemente y se quedó mirando a Milton con expresión de absoluto terror. El *playboy* encogió los hombros.

—Bueno... Si alguien quiere matarle a usted y usted está con sus hijas... Quiero decir que quizá la próxima bomba sea más... potente o certera. No sé si me explico, señor Moutignon.

—¡Nadie le hará nada a mis hijas! —gritó Moutignon lívido.

—No tiene por qué gritarme a mí, señor —frunció el ceño Milton—. Creo que estoy más sereno que usted, y me he limitado a exponer un punto de vista que no considero descabellado. Comprendo que esté muy asustado... posiblemente han intentado algo contra usted antes, ¿no es cierto? Y seguirán intentándolo, posiblemente. Dígame si puedo ayudarle en algo o prefiere que me marche.

—Se lo agradezco... Perdóneme, muchacho.

—Olvídalo —sonrió amistosamente Milton—. De veras, quisiera ayudarle. ¿Qué puedo hacer?

—Nada... Nada.

—¿Insiste usted en huir? Tenga en cuenta que pueden seguirle, vigilarle. Por lejos y deprisa que vaya usted, podrán seguirle.

—No creo... Tengo una avioneta y si pudiese llegar a ella... ya no me alcanzarían.

—Una avioneta —musitó Milton—. No está mal. ¿Y adonde piensa ir con ella?

—Tengo... una pequeña villa en Niza y...

—¿Y prefiere que le maten en Niza?

—¿Cómo? —Se sobresaltó Moutignon.

—Mire, yo no soy muy listo, lo admito, pero si quisiera matarle a usted por algo, no creo que usted pudiera engañarme. Sus enemigos deben conocerle muy bien, señor Moutignon. Deben saber que tiene usted esa avioneta y esa villa en Niza... ¿O no?

—Sí... Claro, es razonable lo que usted dice...

—Y como su avioneta no es la única que hay en el mundo, quizá le atacasen en el aire, cuando estuviese camino de Niza. O quizá esperasen a que usted y sus hijas llegasen allá para colocarles una bomba mucho más potente...

Philippe Moutignon miró entre sorprendido y desconfiado a Milton Hamilton.

—¿Está tratando de decirme algo? —musitó.

—Quizá. Si yo fuese usted, desde luego no iría a mi villa de Niza. Y creo que tampoco llevaría a mis hijas en la avioneta... ¿Qué

pasaría si le atacasen en el aire? Lo mejor sería que dejase a sus hijas en París, por el momento al cargo de alguna persona de confianza que no estuviese en el círculo de sus amigos habituales y que en lugar de ir a su villa de Niza fuese... a una casita en Cannes, o a una quinta en Roma, donde a nadie se le ocurriera buscarle. Luego, esa persona de confianza podría llevarle allá a sus hijas, en una avioneta privada, como la suya más o menos.

Moutignon parpadeó.

—Usted, Hamilton, no ha sido hasta ahora uno de mis amigos habituales. Naturalmente, debe tener una avioneta, mucho mejor que la mía, incluso. Y no me sorprendería nada que tuviera una casita en Cannes o una quinta en Roma... ¿Es eso?

—Me gustaría mucho ayudarle, señor Moutignon —musitó Milton.

—¿Por qué?

—Bueno... Digamos que sus hijas son... encantadoras. Ellas y yo... Bien, no es momento de explicar ciertas cosas, pero le aseguro que les he tomado un gran... afecto. De un modo u otro, creo que mi consejo no es malo y yo cuidaría bien de ellas mientras usted iba hacía mi quinta en Roma. Mejor aún: puedo dejarlas en lugar seguro, reunirme con usted en Orly y acompañarle a Roma, a mi casa de allá.

—Mi avioneta está en Le Bourget.

—Ah. Bueno, eso no tiene la menor importancia. Lo importante es que usted y ellas queden a salvo. Ya sé que no soy un genio pensando escapatorias, pero...

—No está mal —murmuró Moutignon—. Y verdaderamente, si me atacasen cuando estuviésemos en pleno vuelo, podrían derribarnos y entonces, Colette y Monique —se estremeció y se quedó mirando a Milton—. No quisiera que a ellas les ocurriese nada malo, Hamilton.

—Si usted encuentra una solución mejor que la mía yo haré con mucho gusto lo que me diga para ayudarle.

—No, no... Su plan está bien... ¿No va a preguntarme nada?

—¿Preguntarle? Oh, vamos, señor Moutignon... Sé muy bien que los grandes negociantes son a veces objeto de atentados. Siempre hay alguien que nos odia. A mí, hace dos años, quisieron matarme no menos de cuatro veces, en Miami. Pero no perdamos

tiempo, ya que podemos hablar de esto y de mil cosas más en su avioneta...

—¿Qué les digo a mis hijas? ¿Dónde las alojaría usted? Supongo que no en su piso de Rue Rivoli...

—Deje eso de mi cuenta. Le diré que vamos a hacer: cuando sus hijas bajen, les diremos que yo le he convencido a usted para que las permita quedarse; ellas y yo saldremos de la casa antes que usted, y las llevaré a lugar seguro. Una vez allí simularé que recibo una llamada de... Londres, por ejemplo, donde tengo que resolver un asunto. Les diré que volveré por la mañana y tras recomendarles que no salgan del escondite, iré a reunirme con usted a Le Bourget. Vamos a Roma, lo dejo en mi quinta y regreso en avión en línea regular. Más adelante, cuando lo considere oportuno, yo llevaré personalmente en mi avioneta a sus hijas para reunirse con usted. A nadie se le ocurrirá buscarle a usted en Roma, ni a ellas en la propia París.

Philippe Moutignon quedó sumido en profundas meditaciones durante más de un minuto. Estaba claro que vacilaba, pero, cada vez que alzaba los ojos hacia aquellos otros grises con tonalidad de acero, veía una sonrisa de confianza, de amistad. Ciertamente que igual podían atacar su avioneta en pleno vuelo, y matarle a él y a Hamilton, pero eso era inevitable... Al menos, sus hijas se salvarían...

—De acuerdo —musitó—. Haremos eso, Hamilton. Y gracias. No olvidaré nunca lo que hace por mí. Ni por mis hijas: son lo que más quiero en este mundo.

—Lo comprendo —sonrió Milton—. Son dos joyas maravillosas, señor Moutignon. Estoy pensando... Bueno, creo que sería mejor que usted se fuese primero, después de decirme cómo es su avioneta... Pero tendrá que salir por la parte de atrás de la casa. ¿Hay alguna salida fácil?

—No... Fácil, no. El jardín, por la parte de atrás, da al jardín de otra casa y...

—¡Formidable! ¿Se considera usted capaz de saltar unas cuantas verjas?

—Pues... sí. ¡Sí, desde luego! ¡Lo entiendo, Hamilton! ¿Debo salir sin que nadie me vea?

—Señor Moutignon —frunció el ceño Milton— ¿verdaderamente

no se le había ocurrido eso después de que una bomba o algo parecido ha explotado en su despacho? Hasta ahora, me consideraba el hombre más tonto del mundo, pero...

—¡Tiene razón! —Gruñó el francés—. Es sólo que considero que si alguien quiere matarme, cualquier truco que yo emplee será inútil.

—En tal caso, salga a la calle a pecho descubierto ¿no?

Moutignon se pasó la lengua por los labios. Se puso en pie, mirando con inquietud hacia la puerta del salón.

—Voy a marcharme ahora mismo, tal como estoy. Ni siquiera me llevaré la maleta ya que tengo que saltar algunas verjas. Mi avioneta está en la pista 3 de Le Bourget, es blanca y azul... Sólo tiene que llegar allá y yo saldré a su encuentro...

—Qué bien... ¿Y aparecerá gritando que es usted Philippe Moutignon?

—Bueno...

—Tenga la avioneta preparada al final de la pista 3: Yo llegaré allá, discretamente, sin que nadie me vea y nos iremos. ¿No comprende que si nos ven juntos podrían pensar que estamos de acuerdo? En cuyo caso, usted no estaría seguro en mi casa de Roma y aún menos seguras estarían sus hijas en mi escondite de París.

—Le esperaré al final de la pista —murmuró Moutignon—. Es sorprendente, Hamilton: le consideraba a usted como un completo tonto, un estúpido absoluto...

—Lo cual demuestra que no siempre el primer golpe de vista es bueno. Adiós, señor Moutignon. Oh, una pregunta: ¿es de confianza su avioneta? Quiero decir...

—Está siempre bien cuidada, a cargo de mi piloto André. No hay cuidado al respecto.

—Entonces, hasta luego. Esperaré a sus hijas y las llevaré al escondite donde nadie se molestaría jamás en buscarlas... Buena suerte.

Le tendió la mano y Moutignon la estrechó cálidamente, con expresión agradecida.

—Nunca olvidaré lo que está haciendo por mí, Hamilton.

Dio media vuelta y salió del salón. Milton se quedó en pie, notando todavía en su mano el calor de la de Philippe Moutignon, con el ceño fruncido. Fue hacia el bar, se sirvió una copa de coñac y

se sentó en un sillón, dispuesto a esperar a las hermanas gemelas. Todo su plan por medio del terror se estaba cumpliendo a la perfección y eso era motivo suficiente para que se sintiese altamente satisfecho.

Sin embargo, su ceño continuó fruncido todavía durante un par de minutos, hasta que se repitió que todo estaba saliendo bien. ¿Por qué preocuparse, entonces?

Cinco minutos más tarde, bajaron Colette y Monique, cada una con una pequeña maleta. No parecían precisamente contentas, pero su gesto se aclaró cuando, tras mirar sorprendidas a todos lados del salón, se convencieron de que su padre no estaba allí.

—¿Y papá? —musitó Monique.

—Se ha ido.

—¿Nos espera en el aeropuerto?

—No, no, querida... Se ha ido solo. Le he convencido para que os deje conmigo en París.

Las dos lanzaron un gritito de alegría.

—¡Le has convencido! ¡Oh, qué bien, Milton...! ¡Eres maravilloso!

—Ya lo sé —sonrió el *playboy*—... Bueno, supongo que no pondréis obstáculos a que cumpla la promesa que he tenido que hacerle.

—¿Qué promesa?

—Sacaros de esta casa. Hasta nueva orden, no tenéis que venir por aquí para nada. Él quiere tener la seguridad de que vosotras estáis a salvo y yo le dije que me ocuparía de ello. Así que vamos a marcharnos inmediatamente. ¿Dispuestas?

—Claro —sonrió Monique.

—¿Y adonde iremos? —se interesó Colette—. ¿A un hotel? ¿O a tu piso?

—Mi piso no sería lugar seguro, pues es inevitable que últimamente me hayan visto con vosotras. En cuanto a un hotel, me parece... poco discreto. O digamos mejor, poco íntimo.

—Oh...

—Tienes razón...

—De modo que se me ha ocurrido un sitio interesante.

—¿Cuál? —Se impacientó Colette.

—Nuestro nidito de amor.

CAPÍTULO XIV

MILTON cerró la puerta del estudio que tenían las dos hermanas en Montmartre. Todavía estaba caliente de su anterior permanencia allí y Colette emitió un gritito de entusiasmo.

—Qué bien... ¡No hace ni dos horas que salimos de aquí y ya volvemos a ocuparlo!

—¡Será delicioso estar encerradas aquí unos días contigo, Milton!

—Espero que seáis juiciosas y comedidas —sonrió Milton.

Se fue al lavabo, cerrando por dentro. Con todo cuidado, sacó el pañuelo, lo desdobló y se quedó mirando el pequeño estuche de papel de aluminio que contenía dos anti neurálgicos de una famosa firma francesa. A todos los efectos, el señor Hamilton era, simplemente, un hombre prevenido respecto a sus posibles jaquecas. Nadie que hubiera encontrado aquello en su bolsillo habría podido pensar otra cosa... Rasgó uno de los receptáculos y sacó la blanca tableta, que dejó cuidadosamente sobre la pila del lavabo. Guardó lo demás, asió la tableta blanca entre los dedos corazón y pulgar de la mano izquierda y con la derecha tomó una de las toallas, haciendo una bola con ella. Se acercó a la puerta, descorrió silenciosamente el pestillo y sonrió secamente.

Comenzó a toser, de pronto. Tres segundos después, abrió la puerta y salió al estudio, tosiendo, tambaleándose, colocándose la toalla delante de la boca... Monique y Colette se volvieron hacia él, intrigadas de momento, pero asustándose muy pronto, cuando vieron a Milton caer de rodillas en el centro de la pieza.

—¡Milton!

—¿Qué te pasa?

Se abalanzaron las dos hacia él, pero Milton se quitó la toalla de

delante de la boca y exclamó jadeando y tosiendo:

—¡Marcharos! ¡Es... es una... una trampa...!

Cayó de bruces sin que ellas pudieran evitarlo, casi arrastrándolas al suelo. Las dos quedaron arrodilladas junto al *playboy*, que, de pronto, quedó inmóvil, con el rostro hundido en la toalla hecha una bola.

—¡Ay, Dios mío! —gimió Monique.

—¡Milton! ¡Milton...! —sollozaba Colette.

Intentaron moverle, pero aquella mole de músculos era demasiado peso para ellas. Y mientras tanto, los dedos corazón y pulgar de Milton Hamilton apretaron la blanca pastilla, reventándola, sin que las gemelas tuvieran la menor idea al respecto. Lo único que supieron, casi al instante, fue que la cabeza comenzó a darles miles de velocísimas vueltas, que el estudio comenzó a girar vertiginosamente, que todo comenzó a oscurecerse... Y nada más que eso. Las dos cayeron de bruces, cruzadas sobre el cuerpo de Hamilton, profundamente dormidas por efectos del gas.

Milton retuvo contra su boca y nariz la toalla todavía durante ocho o diez segundos. Luego, sin apartarla, se puso en pie, haciendo rodar a las gemelas. Fue a la ventana, la abrió y se estremeció cuando recibió de lleno el frío de la noche. Medio minuto después, apartó definitivamente la toalla, cerró la ventana, y se quedó mirando a las dos jovencitas, tendidas sobre el suelo confortablemente alfombrado.

Dejó la toalla en el suelo junto a las dos y fue al teléfono. Marcó un número, esperó a oír un solo timbrazo y colgó. Volvió a marcar el mismo número, esperó de nuevo a oír un solo timbrazo de llamada y volvió a colgar. Por tercera vez, marcó el mismo número, oyó un solo timbrazo... y alguien descolgó el otro teléfono.

—¿...?

—Soy yo, Mimí. Esto va a terminar pronto, de modo que ya puedes salir de mi apartamento. Pero antes, ve al armario, y toma la maleta negra, pequeña, que hay dentro. No se te ocurra abrirla, pues sólo yo sé hacerlo de modo que no se incendie... ¿Entendido?

—Bien. Tomas un taxi, y te haces llevar a Le Bourget. Despides el taxi. No entres en los vestíbulos, sino que ve directamente a la parte de atrás del aeropuerto. Yo llegaré dentro de... treinta o

cuarenta minutos, aproximadamente. Me entregas la maleta, y eso dará por terminada tu labor en este *affaire*. Regresas a tu apartamento, regularizas tu situación en el Moulin Rouge y aquí no ha pasado nada. ¿Alguna pregunta inteligente?

—Pues hasta luego. Ah, Mimí: si tardo más de una hora, no me esperes. Desaparece de Le Bourget y regresa a París a pedir protección definitiva. Adiós.

Colgó y se quedó mirando a Monique y Colette, pensativo. Bien... No podía quejarse de la marcha de su plan. Todo estaba saliendo perfectamente... Y entonces ¿por qué su ceño se fruncía sin que él pudiera evitarlo?

Encogió los hombros, se puso en pie y fue hacia la puerta. Apagó la luz, abrió comenzando a dar un paso hacia el descansillo... y se quedó con el pie en el aire, petrificado. Un frío intenso recorrió su espalda, en veloz latigazo, mientras contemplaba la pistola que apuntaba a su pecho. Miró al hombre que la empuñaba y luego a Philippe Moutignon, que le miraba con odio y un cierto sarcasmo.

—Adentro, Hamilton —susurró Moutignon.

—Oh, *Monsieur* Moutignon, yo iba precisamente a...

—Adentro. Si no entra a las buenas, André le empujará... a balazos.

Milton retrocedió. Moutignon encendió la luz y entró también y André lo hizo en último lugar, cerrando la puerta, siempre vigilando a Hamilton que por fin sabía por qué había estado frunciendo el ceño cada vez que se decía a sí mismo que todo iba perfectamente.

Moutignon vio enseguida a sus hijas, tendidas en el suelo; palideció intensamente y se precipitó hacia ellas. Cuando se convenció de que sólo estaban dormidas, su rostro enrojeció violentamente, y miró de nuevo al *playboy*, que le sonrió amistosamente.

—Encantadoras, ¿verdad? —dijo Milton.

—Era todo demasiado bonito y fácil, Hamilton —musitó—. ¿Cuál es su juego?

—El contrario del de usted, evidentemente —dijo Milton.

—Explíquese mejor.

—¿Para qué? Es muy simple, amigo Philippe: usted está dedicado a una cosa y yo a la opuesta. Ha demostrado ser muy listo al desconfiar de mí y puesto que tan listo es, no creo que sean

necesarias muchas explicaciones.

—Está bien. ¿Así que todos mis contratiempos se los debo a usted?

—Absolutamente todos. Incluido el hundimiento de los tres pesqueros libios llamados «Grandeur», «Solsenat» y «Morocco».

—Y mientras hacía lo posible por destruirme, se divertía con mis hijas.

—No demasiado, la verdad.

—¿Trabaja usted para la

C. I. A.?

—Es posible —murmuró Milton.

—Hamilton, si usted ayudó a Mimí Lacroix, la cual, según Abu Ornan, trabajaba para la

C. I. A.,

es que usted trabaja también para ese centro de inteligencia. No discutiremos eso. Solamente va a decirme cuál es mi situación, para que yo sepa qué decisión debo tomar después de matarle.

—Temo que su situación es muy mala, *Monsieur*. Por supuesto esta identificado y controlado. Y tenemos pruebas de que se dedica al contrabando de armas... aunque eso no importa ya demasiado. Puede que su esbirro consiga matarme, pero sepa que usted también está condenado a muerte. No vivirá mucho.

—¿Por qué no me ha matado usted antes? Ha tenido muchas ocasiones de hacerlo, ¿no es así?

—Quería su libreta.

—¿Mi qué?

—Ya sé ahora que no existe tal libreta. Pero a la creencia de que sí existía debe usted continuar todavía vivo. Me refiero a una libreta en la que estuviesen apuntados los nombres de todos sus cómplices en el contrabando de armas; empezando por los fabricantes que le sirven a usted armas en varios países. Especialmente, los fabricantes de Estados Unidos.

—Vaya... No se pone usted por poca cosa, ¿eh? —sonrió siniestramente Moutignon—. Nada menos que una libreta con los nombres y direcciones de todos cuantos personajes o sociedades intervienen en mi organización.

—Exactamente, *Monsieur*. Creí que podría... convencerle a usted para que escribiese esa libreta, de modo que me permití

comprar una adecuada. ¿Puedo mostrársela?

—No se moleste. Le creo. Es usted un hombre precavido, cauto, buen organizador... Precisamente eso fue lo que me inquietó de usted hace rato, en mi casa. Usted había arreglado demasiado bien la situación y me pregunté si lo había hecho a mi favor... o al de otra persona. Todo demasiado fácil y conveniente para mí. De modo que no quise discutirle y en principio, por si todo era cierto, fingí aceptar el plan. Luego, esperé a que saliera con mis hijas y les seguí con el auto en el que André me estaba esperando cerca de casa. Cuando vi que penetraban aquí, comprendí que su juego no era limpio, Hamilton. Este estudio no es un buen escondite, pues mis hijas...

—Si está pretendiendo deslumbrarme con su inteligencia, pierde el tiempo, Moutignon. Yo también soy inteligente. Así que límitese a concretar nuestro trato...

—¿Qué trato?

—Su vida y la de sus hijas a cambio de rellenar la libreta que yo he traído. Llénela con los nombres que me interesan y podrá marcharse, con ellas, tranquilamente.

Philippe Moutignon parpadeó, inexpresivamente.

—Regístralo, André —musitó—. Con cuidado. El señor Hamilton ha demostrado ser un hombre peligrosísimo. Ha sabido sumirme en un profundo terror, ignoro con qué objeto y creo que le pagaré con la misma moneda.

André había hecho señas a Milton para que se volviese y se acercó a él por detrás; le pasó las manos por los lugares propios del cuerpo donde podía esconderse un arma y por fin se apartó, moviendo negativamente la cabeza.

—No lleva armas.

—Bien. Nos iremos de paseo con el coche... ¿Qué le ha hecho exactamente a mis hijas, Hamilton?

—Las he dormido con una pequeña cantidad de gas. Nada peligroso... Dormirán cinco o seis horas, eso es todo.

—Entonces, tenemos tiempo de ir a dar un paseo, Hamilton. Un paseo del que usted no regresará.

—Le matarán mis compañeros, Moutignon. Tarde o temprano.

—Igual lo harían. ¿Acaso pensaba convencerme con el absurdo trato que me ha propuesto? Y ya basta de charla Hamilton. Le voy a

llevar a un sitio donde lo pagará todo, grito a grito. Camine hacia la puerta. Cuidado con él, André.

Moutignon tapó mejor a sus hijas, con exquisita ternura paternal; no era conveniente que se enfriasen mientras él estaba ausente, pobres angelitos... Mientras tanto, Milton caminaba hacia la puerta, un tanto torpemente, volviendo la cabeza hacia los Moutignon. Concedía poca importancia al camino que estaba recorriendo y así, no fue de extrañar que se golpeará una pierna contra uno de los sillones.

—¡Ayyy...! —exclamó.

Se inclinó y se frotó la espinilla, bajo la irónica mirada de André, que no le perdía de vista. El *playboy* dejó de frotarse el lugar golpeado y pareció que iba a incorporarse... En lugar de eso, sus fortísimos dedos asieron el borde de la alfombra, exactamente donde había elegido y dio un tirón tan fuerte que André salió disparado hacia arriba y atrás, dando una vuelta y profiriendo un grito de sobresalto; su dedo se crispó en el gatillo de la pistola, se oyó el apagado «chop» pero la bala fue a dar al suelo, amortiguado su impacto por la ahora arrugada alfombra... Finalmente, André cayó de cabeza, hacia atrás; rodó, se pudo de rodillas, giró, alzando la pistola... y recibió un puntapié en plena boca del estómago que casi lo mató; se quedó como si de pronto, todas sus funciones vitales hubieran desaparecido; igual que una estatua de yeso, blanquísimo el rostro, abierta la boca, desorbitados los ojos...

Milton le quitó la pistola de entre los yertos dedos y se volvió como un rayo hacia Philippe Moutignon, que tras un salto de espanto, había quedado inmóvil, indeciso, casi tan pálido como André. Milton empujó a éste con un dedo en la frente y André cayó como un saco, como un muñeco...

Milton volvió a mirar a Moutignon y sonrió de nuevo al ver la espantosa lividez en el rostro del francés. Fue a la pequeña discoteca, eligió un *long-play*, lo colocó en el tocadiscos, se sentó y frunció el ceño al oír la música.

—No puedo alabar el gusto de sus cerditas, amigo Philippe. Pero, en fin, no es momento para exigencias. Veamos, este disco duraría en total unos... catorce o dieciséis minutos. Mientras yo soporto la música —sacó una pequeña libreta de tapas negras y

cantos rojos y la tiró hacia el aterrado Moutignon— usted llenará esta libreta con todo lo que a mí me interesa. ¿De acuerdo?

—No —pudo jadear Moutignon—. No haré eso aunque me mate. Milton alzó las cejas como sorprendido.

—Usted no entiende Philippe. Mire, mi plan era dejar a sus hijas dormidas aquí, ir a Le Bourget, subir a su aparato y ya en pleno vuelo, pedirle que llenase esta libreta, bajo la amenaza de que si no lo hacía, alguien se encargaría de matar a sus hijas... pedacito a pedacito. ¿Comprende? Veo que sí, porque ha palidecido aún más. Luego, tras darles un golpe a usted y a su piloto, yo saltaría con el paracaídas que cierta persona me habría entregado, dentro de una pequeña maleta, en Le Bourget. Un paracaídas negro, *Monsieur*. Caería no demasiado lejos de París, robaría un coche por ahí y regresaría aquí, dejando el coche en cualquier punto alejado, claro. Me tumbaría junto a sus hijas, tal como ellas me vieron antes de dormirse, y esperaría a que ellas despertasen. La coartada perfecta ¿no está de acuerdo? Cuando la noticia de que la avioneta de *Monsieur* Moutignon se había estrellado apareciese en los periódicos, sus hijas jamás podrían relacionarme con ello. Ni nadie. En cambio, dirían que usted tenía enemigos, que yo quise ayudarle... Y eso sería todo. ¿Más pruebas al respecto? Alguien nos atacó aquí, nos durmió quien sabe con qué propósitos y etcétera, etcétera, etcétera... La policía francesa no me molestaría demasiado: me aprecian. ¿Ha comprendido mi plan?

—Sí.

—Pues empiece a escribir en esa libreta.

—No lo haré.

Milton quedó reflexivo un instante.

—Su secretario, el infortunado Jacques Blondet ya me advirtió de que usted era un hombre duro, Philippe. Parece que es cierto... Sin embargo, usted no acaba de entender la situación, así que voy a aclarársela para que no tenga más dudas.

Se puso en pie, quitó de un tirón la manta que cubría a las hermanas gemelas, y asió a una de ellas por los cabellos, comenzando a arrástrala hacia la estufa. Moutignon emitió un alarido y se abalanzó contra el yanqui, que, sin inmutarse, le recibió con un tremendo codazo en el plexo solar, derribándole sentado. Llegó junto a la espléndida estufa de gas, asió a la muchacha por los

cabellos, y acercó el dulce rostro a la placa de calor, por el momento a una distancia prudente.

—Tiene cinco segundos para empezar a escribir, Philippe —dijo, con fría indiferencia—. ¿No se ha preguntado por qué no le he matado? ¡Es muy sencillo! Primero quise asustarle, para que estuviese maduro... cuando le hablase de descuartizar a sus hijas. Pero puesto que tenemos aquí tan hermosa estufa, sobran los cuchillos y cosas así. Dígame: ¿está usted maduro en su terror o precisa un poco más? ¿Aún no ha comprendido que yo soy capaz de todo? Y empiezan a pasar esos segundos. Cinco, cuatro...

Dejó de contar desviando velozmente su mirada hacia André, al oír aquel leve chasquido. André se había vuelto al lado, hacia él, y en su mano derecha brillaba la navaja de resorte cuya hoja acababa de brotar del mango. Todavía parecía un poco aturdido, pero en sus turbios ojos brillaba el odio, el deseo de matar.

Comenzó a mover el brazo para lanzar la navaja contra Milton, el cual, sin parpadear siquiera, apretó el gatillo de la pistola que le había quitado.

Plop.

La bala se clavó en el corazón de André que quedó de nuevo inmóvil unos segundos. Bruscamente se abatió y la navaja rodó por el suelo, brillando...

Milton Hamilton miró de nuevo, implacable a Moutignon.

—Creo que iba por el tres —deslizó fríamente—. Sigamos con la cuenta, Moutignon: dos, un...

—Escribiré la libreta —jadeó Moutignon.

Todavía estaba el disco long-play sin terminar, cuando Philippe Moutignon tendió la libreta a Milton. Éste la tomó con gesto amable, la abrió y fue leyendo algunos nombres, emitiendo de cuando en cuando un silbidito de admiración. Admiración que no había decrecido cuando miró a Moutignon.

—Debo admitir que usted hace las cosas a lo grande, *Monsieur*. Bien... Ahora, vaya a buscar su coche, y déjelo detrás del mío, que está en la puerta de la casa. ¿Los vio alguien subir, a André y a usted?

—No...

—Pues procure ser igual de discreto ahora. Vaya a buscarlo.

—¿Me deja... marchar? —jadeó Moutignon.

—Claro —sonrió Milton, mirando a las dormidas muchachas—. Pero le esperamos antes de diez minutos. Estoy seguro de que volverá.

Encendió un cigarrillo tras guardarse la libreta y miró amablemente a Moutignon, que abandonó el estudio, en silencio. Nueve minutos más tarde, estaba de vuelta. Milton señaló el cadáver de André.

—Bájelo, siempre discretamente, *Monsieur*. Lo mete en el coche, se pone al volante, y me espera. No tardaré mucho.

—¿Cómo... cómo sé que no hará daño a mis hijas...?

—Tiene usted mi palabra, *Monsieur*: la palabra de Milton Hamilton. Le aseguro que ellas vivirán. No tengo nada especial contra estas jovencitas.

Philippe Moutignon estaba completamente vencido. Cargó con el cadáver de André y salió del estudio. Cinco minutos más tarde, sin que nadie le viera, lo hacía Milton, precipitándose dentro del coche del francés, en la parte de atrás.

—¿Le ha visto alguien? —preguntó.

—No...

—Pues vamos a Le Bourget.

Y Milton Hamilton puso ambos pies sobre el cuerpo de André, tendido en el piso del coche.

Mimí Lacroix vio a Milton en el interior del coche, haciéndola señas y fue allá rápidamente. Entró y lanzó un respingo al pisar el cadáver de André. Luego, se quedó mirando atónito a Moutignon, que permanecía ante el volante, como una estatua. Milton le quitó la maleta de las manos y le entregó la libreta.

—Es un buen cambio para ti, preciosa —sonrió—. Espero que la hagas llegar a buenas manos.

—¿Qué... qué es esto...?

—La libreta de *Monsieur* Moutignon.

—Pe-pero usted dijo que él... no tenía ninguna libreta...

—Lo convencí para que escribiese una para mí solo. Y espero que no haya escrito tonterías, porque sus hijitas serían degolladas personalmente por mí. Ahora, Mimí, antes de marcharte a entregar la libreta, vas a hacerme un favor: vigila bien a este caballero. Yo voy a colocar la avioneta en el extremo de la pista 3, sin que nadie

me vea lo suficiente para identificarme, claro.

Colocó en la mano de Mimí la pistola de André, quitó del bolsillo de éste las llaves de la avioneta y salió del coche. Diez minutos más tarde, regresó se metió de nuevo en el asiento de atrás, y recuperó la pistola.

—Hasta la vista, Mimí. Cuidado con esa libreta. Y quiero que salga cuanto antes hacia Washington... ¿Entendido?

La muchacha parpadeó, salió del coche y estuvo allí hasta que lo perdió de vista, hacia el extremo de la pista 3. Allá estaba la avioneta, y bajo la supervisión de Milton, Moutignon colocó en ella el cadáver de André.

—Habrá que deshacerse de él —dijo Milton—. Iremos a tirarlo en lugar adecuado.

—¿Qué piensa hacer conmigo? —Casi gimió Moutignon.

—Imagino que tendré que entregarlo a las autoridades... Pero aún no sé a cuáles. Lo pensaremos durante el vuelo. Apártese. Y tenga mucho cuidado con lo que hace, Moutignon. No soy hombre de paciencia.

Poco después, la avioneta despegaba, con Hamilton a los mandos y Moutignon sentado en el asiento contiguo. No parecía en absoluto peligroso, pero Milton le miraba con frecuencia de reojo. Ciertamente, Philippe Moutignon estaba atontado, como roto, pero nunca se podría saber cuál sería la reacción final de un hombre que, aunque fuese lentamente, tenía que estar comprendiendo lo gravísimo de su futuro... que podía no ser muy largo, desde luego.

—Será mejor que reaccione —dijo de pronto Milton—. Tengo que tirar fuera el cadáver de André y no podré hacerlo mientras esté a los mandos.

—¿Y yo?

—No insista. Usted está vivo, Moutignon. Me parece absurdo ir entregando cadáveres por ahí, pero su caso es bien diferente. Creo que lo entregaré a las autoridades de mi país. Hágase cargo de los mandos. Acabaremos con esto enseguida.

Abandonó los mandos, se incorporó y se dispuso a pasar a la parte de atrás... Más que verlo, presintió el movimiento agresivo de Philippe Moutignon, que descargaba un golpe contra él. Un golpe al que un luchador como Hamilton ni siquiera podía conceder importancia. Lo paró con un brazo y a su vez, descargó un

tremendo bofetón en pleno rostro del francés, que lanzó un gemido, pasó rozándole en su impulso y cayó de cabeza sobre el volante de mando, metiendo un brazo en uno de los radios.

—Vamos, arriba —dijo secamente Hamilton— gobierne su aparato, o...

Moutignon no reaccionaba. Milton le asió por un hombro y tiró de él. Sólo consiguió que se viera su rostro, ensangrentado debido al golpe contra el volante. Intentó tirar de él, pero parecía que el brazo de Moutignon se hubiera soldado al volante. Dio otro tirón, sin conseguir nada... Al mismo tiempo, veía el cable suelto y en su rostro apareció una fugaz expresión de alarma... Mientras tanto, el aparato estaba capotando visiblemente, hasta el punto de que Milton salió despedido contra el fuselaje. Recuperó rápidamente el equilibrio, volvió junto a Moutignon y le dio otro tirón... De pronto, comprendió que solamente arrancándole el brazo de cuajo podría apartarlo de allí y aun así, aquel cable arrancado anulaba cualquier posibilidad de dominar la avioneta, que se abalanzaba ya hacia tierra.

Sobresaltado, Hamilton fue hacia la parte de atrás, tomó el paracaídas que contenía la maleta que le había entregado Mimí, se lo colocó rápidamente de un modo incompleto, asió bien los atalajes con una mano y sin vacilar, se lanzó al vacío.

Y mientras descendía suavemente, agarrándose con fuerza a los atalajes tan precipitadamente colocados, Milton Hamilton vio cómo la avioneta azul y blanca, dando bandazos, se precipitaba cada vez más velozmente, hacia aquellos campos cercanos al mar.

No tardó mucho en ver la gran bola de fuego.

—¡Milton! ¡Milton!

Milton Hamilton abrió los ojos, con dificultades y se movió... Por fin, se quedó mirando a Colette, que arrodillada junto a él, le había estado sacudiendo fuertemente.

—¿Qué... qué ocurre, Colette?

—¡No lo sé! Son casi las cuatro de la mañana, y acabo de despertar ahora, junto a vosotros... Monique aún duerme... ¡No sé lo que ha pasado, Milton!

El *playboy* se movió, con gesto de dolor. Al sentarse sobre la alfombra, hizo resbalar sobre el suyo el cuerpo de Monique, que

rodó por la alfombra y quizá debido a esto, comenzó a mover los párpados. Segundos después los tres se estaban mirando, con la expresión de quien no comprende nada de nada.

—Pero ¿qué nos ha pasado? —murmuró al fin Monique.

—Cualquiera sabe —refunfuñó Milton—. Me duele todo el cuerpo de haber estado aquí tanto tiempo... Ahora recuerdo... Noté un olor raro en el lavabo... ¡Sí, lo recuerdo ahora! Salí como mareado, y os dije que era una trampa... ¿No lo recordáis?

—Es verdad —musitó Colette—. Pero ¿qué pasó después? Sólo recuerdo que me entró un sueño terrible...

—No comprendo esto... —dijo Milton—. Si hubieran querido hacernos algo, han tenido tiempo de sobra. ¡Eso es! ¡Oía a gas...! Pero era un olor peculiar... Tú has sido la primera en despertar, Colette: ¿has visto algo especial, alguna cosa que...?

—No sé nada de nada... ¡Qué extraño es todo esto! —Bueno—. Milton se puso en pie, estirándose como si le dolieran todos los huesos. —No sé lo que ha pasado, ni creo que importe demasiado ya que los tres estamos bien. Creo que lo mejor que podemos hacer es dedicarnos a descansar. Mañana será otro día.

—Bien —murmuró Milton, a la salida del cementerio de Montparnasse—. Creo que es mejor que nos despidamos ahora, queridas...

—¿Despedirnos? —Le miró vivamente Colette—. ¿No vienes a casa con nosotras?

—No puedes dejarnos solas ahora, Milton —susurró Monique.

—Bien... El caso es que...

Una dama muy elegantemente vestida llegó precipitadamente junto a los tres, seguida a un par de pasos por un apuesto caballero, que quedó silencioso junto a ella mientras murmuraba:

—Queriditas, qué terrible desgracia... ¡Cuánto lo hemos sentido Charles y yo! ¿Verdad, Charles? Estábamos en nuestra villa cerca de Rouen cuando supimos la noticia. Menos mal que nos llega cada día el periódico de París... ¡No podíamos creerlo! Pero allá estaba bien claro: Philippe Moutignon, y su piloto muertos en accidente. Lo sentimos tanto... Si necesitáis algo, algún consuelo que yo pueda proporcionaros...

—Gracias, Michele —sonrió valerosamente Monique—. Les agradecemos mucho a usted y a Charles su cariño. Si algo

necesitamos, no vacilaremos en pedírselo.

—Así ha de ser, hijitas, así ha de ser... Este caballero es Mister Hamilton, ¿no es cierto? El que estaba cuidándoos mientras vuestro padre se marchaba... ¡Qué mala es la gente! Me he ido enterando de los atentados que hicieron a tu padre... Algún loco, o alguien que tenía algo contra él... Ya verás cómo la Policía lo descubre todo. Claro que eso no solucionará nada... En fin... Si queréis venir a descansar unos días a nuestra villa de Rouen...

—Lo pensaremos Michele. Gracias.

—Oh, de nada, de nada, queriditas... Adiós. Ha sido un placer, señor Hamilton...

Milton se inclinó, sin pronunciar una sola palabra, con un irónico destello en los ojos. Conocía aquella clase de gente.

En el fondo eran buenas personas, pero morbosas, y siempre dispuestas a decir que tenían una villa en Rouen, o un yate en...

—Es una pesada —refunfuñó Monique—. Oh, vamos, Milton, tienes que llevarnos a casa ahora... No te alejes de nosotras en un día como hoy. Acabamos de enterrar los restos de papá...

—Temo que no me habéis entendido —dijo Milton—. No se trata de que no pueda acompañaros hoy: es que regreso a casa.

—¿A casa?

—A Estados Unidos. Tenía que haber regresado ayer, pero no podía marcharme sin asistir al sepelio, naturalmente. Ahora, todo ha terminado y me voy.

Las hermanas gemelas estaban pálidas, muy abiertos los ojos.

—¡Milton! —sollozó Colette— no puedes irte... ¡No puedes dejarnos solas!

—¿Qué haremos sin ti? —preguntó Monique—. ¿Qué podemos hacer nosotras sin ti, Milton?

Milton Hamilton había hecho una seña a su chófer, que se acercó inmediatamente al volante del «Dodge» se apeó, y abrió la portezuela de atrás, muy serio, impávido. El *playboy*, iba a entrar en el coche, pero se volvió y las miró de un modo que las desconcertó.

—¿Qué podéis hacer sin mí? —musitó—. No sé... ¿Por qué no probáis a derramar unas cuantas lágrimas por vuestro padre? Estoy seguro de que es lo mínimo que él merece de vosotras: unas cuantas lágrimas. Vámonos de aquí, Louis.

—*Tout de suite, Monsieur.*

ESTE ES EL FINAL

C LARENCE Hadaway, creador y jefe del *Special Group*

F. B. I.

, asintió con la cabeza.

—Así es, Milton: los tenemos ya. Me refiero a los fabricantes de armas de Estados Unidos. La libreta que nos enviaste ha sido de la máxima utilidad.

—¿Y los que no son americanos?

—Hemos enviado... una «sugerencia» a los respectivos países de esos fabricantes. Esperamos que ellos hagan lo conveniente. ¿Qué pasó realmente y en definitiva con Moutignon?

—Después de asustarle mucho con terribles amenazas que incluían el degüello de sus hijas, matarle a él tirándole con su avioneta al mar y cosas así, él mismo decidió el asunto: casi me estrello yo también con la avioneta —explicó lo ocurrido y acabó— hubiese preferido traerle aquí, naturalmente y por supuesto —sonrió secamente— no habría degollado a nadie, pero tenía que asustarle. No fue culpa mía lo de la avioneta.

Hadaway le miró asombrado.

—¿Estás pidiendo disculpas, Milton?

—Bueno... No sé. Quizás sí. Lo que trato de decir es que para mí no es ninguna alegría matar a otra persona, Clarence.

—¿Conoces a algún agente del

F. B. I.

que sienta alegría por eso? —Frunció el ceño Hadaway.

—No. En realidad, dada la índole de mi trabajo, conozco a pocos agentes del

F. B. I.

siempre voy solo...

—Ah... ¿Te gustaría conocer a tres que son casi tan especiales como tú?

—¿De veras? ¿Existen hombres así?

Clarence Hadaway tomó una cuartilla y escribió algo en ella, rápidamente. La tendió a Hamilton.

—Son tres muchachos, que, como tú, fueron seleccionados para el *Special Group*

F. B. I.

. En estos momentos, están descansando también y apuesto a que están en esa dirección, donde uno de ellos tiene su apartamento.

—¿Y qué hacen allí?

—Beben vodka, escuchan música, discuten y descansan.

—¿Todo a la vez?

—Todo a la vez. Ve allá: serás bien recibido.

—Bien... Espera... ¿Has dicho que son tres?

—Sí.

Hamilton perdió por un instante su impasibilidad.

—¿No serán Angevine, Kamiyama y Mac Allister? —preguntó.

—Sí, son ellos. Los que trabajan para el

F. B. I.

haciendo creer que son mercenarios sin escrúpulos.

—¡Vaya...! ¡Va a ser un gran honor conocerles, de veras!

Clarence Hadaway asintió amablemente con la cabeza.

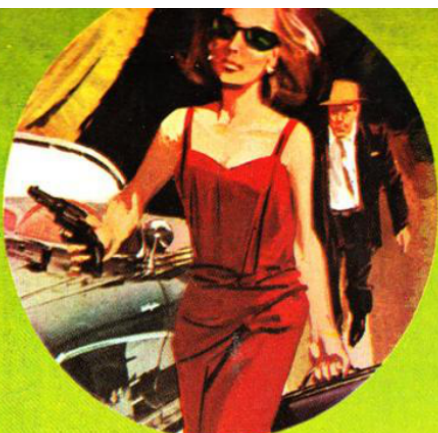
—Es muy posible —susurró— que ellos piensen que el honor es todo suyo. Ah, ten cuidado con Angevine: tiene un genio pésimo.

Hamilton sonrió, mientras en sus ojos aparecía una chispa de fiera alegría.

—Yo también.

—Entonces —acabó por reír Hadaway—, estoy seguro de que lo vais a pasar estupendamente.

FIN



Concesionarios exclusivos en América
EDITORIAL AMERICA, S.A.
2180 S. W. 12 Avenue
MIAMI, FLA. 33145 - USA



**AGENTE
FEDERAL**
FBI

R EDITORIAL ROLLAN, S.A.
PINTO (Madrid)

10
Ptas.

